

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio: P.º Gral. Martínez Campos, 14.

El BOLETIN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual: 10 pesetas en la Península y 20 pesetas en el Extranjero.—Número suelto, 1 peseta.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.

AÑO LIV.

MADRID, 31 DE MARZO DE 1930.

NUM. 839.

SUMARIO

Ignacio Díaz Zuazúa, pág. 65.

PEDAGOGÍA

El servicio social y las escuelas de servicio social, por el Dr. Julio A. Bauzá, pág. 65.—Educación física y carácter, por Giovanni Gentile, pág. 73.—Las siete artes liberales, por L. A. Séneca, pág. 83.—Pedagogía española, por Azorín, pág. 89.—Problemas fundamentales, por D. Antonio Zozaya, página 92.

INSTITUCIÓN

IN MEMORIAM: El maestro, por D. J. Navarro Alcacer, página 94.—Corporación de Antiguos Alumnos: Cuenta de ingresos y gastos correspondiente al año 1929, leída y aprobada en la reunión de 18 de febrero de 1930, pág. 95.—Libros recibidos, pág. 96.

IGNACIO DIAZ ZUAZUA

7 marzo 1930.

Fué alumno en esta casa durante los años de su formación y aprendizaje. Y luego, apenas resueltas las más perentorias dificultades de su vida económica, volvió a este hogar a prestarnos su cordial cooperación como maestro.

Sus antiguos y actuales alumnos conservarán siempre vivo recuerdo de aquella manera jovial y amistosa con que dirigía sus trabajos manuales y con que tantas veces les acompañaba en sus paseos y excursiones serranas. Y el solícito interés para con todos ellos en la vida familiar y alegre de las colonias de vacaciones.

Fuera de la Institución colaboró en aquella primera etapa de la Escuela de Criminología, dirigida por el inolvidable

Rafael Salillas, al que secundó también desde su puesto oficial en el Ministerio de Justicia, puesto del que fué violentamente separado por el Gobierno de la Dictadura, para mantenerle durante meses encarcelado, sin la menor justificación del atropello, ya que no podría serlo la ideología política a que perteneció toda su vida.

Recuperada la libertad, volvió inmediatamente en busca de sus alumnos y compañeros.

Y esperando la justicia, ya anunciada, de su reposición en el cargo oficial y de la declaración del atropello en él cometido, le sorprendió la muerte en cruel enfermedad de breves días.

En esta casa le debemos todos, sus maestros, sus compañeros, sus alumnos, un profundo reconocimiento por la constante, sincera y fuerte adhesión, que en su espíritu ha sido luz y cariño para nuestra común obra educadora.

PEDAGOGÍA

EL SERVICIO SOCIAL Y LAS ESCUELAS DE SERVICIO SOCIAL (1)

por el Dr. Julio A. Bauzá,

Director del Servicio de Protección
a la primera infancia (Montevideo).

El Servicio Social puede ser definido como el conjunto de esfuerzos voluntarios tendientes, por métodos científicos, a co-

(1) Trabajo presentado al V. Congreso Panamericano del Niño.—Habana, diciembre de 1927.

rregir necesidades de orden social. —(Rene Sand.)

El título Servicio Social parece, a primera vista, un tanto vago y falto de precisión. Sin embargo, su aplicación no puede ser más justa. Se trata de un servicio otorgado por la sociedad a una parte de los miembros que la componen: Por esto es «social», por cuanto que es la sociedad o el Estado que la comprende la que organiza los socorros en favor de aquellos que se encuentran en la situación del bañista que, sin saber nadar, pierde el pie y está a punto de ahogarse.

Poner en movimiento todas las fuerzas disponibles en un tiempo determinado, para evitar una catástrofe que parecería segura; aplicar todos los recursos a este fin, es hacer «servicio social». Su punto de partida está en la sociedad, su finalidad es también la de aumentar el bienestar social.

Tratar de reintegrar a la circulación social a aquellos elementos que se han separado, que no se han adaptado a su ambiente, que constituyen piezas más o menos corroídas en la máquina social, es también hacer «servicio social». Se trata de repararlas, de reajustarlas, de colocarlas en condiciones de poder prestar nuevamente buenos servicios, de hacer de ellas, en lugar de escoria, un material utilizable.

El Servicio Social puede ser considerado, en general, como una aspiración que tiende a promover el bien social. El interés que él despierta actualmente en todos los países, manifestado por la creación de escuelas de Servicio Social, es una demostración del gran deseo presente de desarrollar un gran movimiento que tiende a reconstituir la sociedad sobre las bases de la solidaridad, reaccionando contra la doctrina individualista, errónea como base de organización social.

El Servicio Social puede ser considerado bajo tres aspectos:

Como *paliativo*, poniendo un remedio momentáneo a los males sociales. Éste es el procedimiento más seguido generalmente, el más costoso y el que da menor rendimiento útil. Alguna vez, dicho procedi-

miento puede llegar a ser *curativo*, es decir, puede conseguir no sólo aliviar, sino hasta curar un mal social. Pero el verdadero Servicio Social, el que considera, no ya los efectos, sino las causas, debe ser *preventivo*, estudiando y orientando las actividades sociales a fin de evitar situaciones a las que habría que aplicar los procedimientos anteriores. Se comprueba, a veces, que una ayuda momentánea y oportuna, una orientación que aumente la capacidad o que estimule la actividad, o ya un consejo inteligente sobre dietética o economía doméstica, pueden impedir a una familia el entrar en la categoría de los indigentes permanentes. En estos casos, el Servicio Social está netamente orientado en el sentido *preventivo*.

De estas consideraciones se infiere la necesidad de estudiar las condiciones de vida de las familias obreras y de preocuparse de su bienestar social, íntimamente relacionado con el de la comunidad a que pertenecen. Es este estudio el que debe realizar la Visitadora Social, científicamente preparada e igualmente con vocación para la obra, así como dotada de bien probada abnegación.

Puede, por tanto, afirmarse que la práctica del Servicio Social constituye a la vez una ciencia y un arte. Sólo la simbiosis de ambas cualidades hará de la Visitadora Social un elemento de utilidad. Se comprende lo difícil que ha de ser realizar la selección que debe dar por resultado encontrar aspirantes que posean una mentalidad vigorosa que les permita adquirir la preparación científica indispensable, conjuntamente con el golpe de vista y la preparación social.

Es, en efecto, indispensable que la Visitadora Social, cuya influencia en la familia deberá ser considerable para que resulte útil, posea cualidades especiales, rápida comprensión de los problemas fundamentales de la familia, así como actividad y bondad infinitas, expresadas por el interés en encontrar la solución más favorable a los mismos.

Evolución del Servicio Social.—En su origen, el Servicio Social se remonta a los

albores del Cristianismo, se desarrolla lentamente en la Edad Media y se descubre en algunas bulas pontificias o edictos reales, confundido casi siempre con el concepto de la caridad.

Fué realmente Cabot, en 1905, quien, al agregarlo al Hospital general de Massachusetts, en Boston, le da un fundamento científico.

El movimiento iniciado por Cabot se propagó rápidamente, hasta el punto de que en la actualidad no menos de 300 hospitales, en los Estados Unidos, gozan de los beneficios que reporta el Servicio Social.

En Francia, Calmette, en 1913, solicita una enfermera visitadora para su dispensario de tuberculosos. Marfan, Armand Delille, Nobecourt, etc., a raíz de terminar la guerra europea, incorporan a sus Servicios el de asistencia social, y son actualmente los mejores propagandistas de estas ideas.

Este movimiento se extiende simultáneamente a los demás países europeos, y Alemania, Austria, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Hungría, etc., disponen actualmente, no sólo del Servicio Social en el hospital, sino también en las fábricas, escuelas, dispensarios, etc.

Como no podía menos de suceder, la América latina ha seguido este movimiento en una forma que hace presagiar resultados magníficos en un futuro próximo. Chile instaló, en 1925, la primera escuela sudamericana de Servicio Social, bajo la dirección competente de Mlle. Bernier, contratada en la Escuela Central de Servicio Social en Bruselas. En cuanto al Uruguay, se dispone en este momento a establecer una escuela de esta naturaleza.

Servicio Social en los hospitales y dispensarios.—El Servicio Social aplicado como complemento de las obras de asistencia médica nació de la necesidad de obtener de esta última un rendimiento más útil, ante el convencimiento de la insuficiencia de la obra exclusivamente médica.

Las condiciones higiénicas de las familias de los enfermos se hallan tan enlazadas con las de orden social, que resulta

indispensable estudiarlas paralelamente y aplicarles simultáneamente, en el hogar el tratamiento médico-social, dando preferencia a uno u otro según cada caso particular:

Sin desatender los problemas de orden social, la Visitadora adscrita a un Servicio médico velará con más atención los problemas de orden higiénico, investigando la influencia que puedan ejercer sobre los procesos patológicos factores tales como hipoalimentación, el alcoholismo, la falta de trabajo, etc. Ella servirá al médico de precioso auxiliar para obtener informes sobre los hábitos y antecedentes del enfermo, influencia del ambiente sobre la enfermedad, y, en general, toda clase de datos de interés para la etiología, el diagnóstico o el tratamiento.

Citaremos algunos casos de los que se presentan corrientemente en la práctica del Servicio Social en el hospital, para demostrar su utilidad.

Un médico aplica a un niño atacado de tuberculosis ósea un aparato de yeso, recomendando un reposo absoluto; pero la madre, por ignorancia o negligencia, no sigue este consejo. Al cabo de 3 ó 6 meses, el niño es conducido al hospital en peores condiciones que antes. Como resultado tenemos: tiempo perdido para el médico, mayor trabajo a realizar para llegar ahora al mismo resultado que se hubiese alcanzado antes con más facilidad, y, por consiguiente, también mayores gastos para la Asistencia pública, ya que el estado del enfermo requerirá en estas condiciones varios meses de hospitalización en un hospital marítimo o en sanatorio.

Todos estos inconvenientes podrían haber sido evitados mediante la intervención inteligente y la vigilancia discreta de una Visitadora Social.

Un niño afectado de debilidad mental o retardado en su desarrollo intelectual necesita ser asistido en una escuela especial. No todos los médicos saben cuál es su ubicación, ni están en condiciones de indicar los trámites necesarios para la admisión. La madre, dejada a su propia iniciativa, no hará nada; pero la Visitado-

ra Social podría indicar o daría ella misma los pasos necesarios para que se cumpliera esta indicación médica.

Un niño anémico o asmático puede necesitar un cambio de aire, alimentación especial, etc., que el médico aconseja, sin darse cuenta, muchas veces, de la imposibilidad material, por parte de la madre, para practicar dicho tratamiento. La Visitadora Social aconsejaría que una institución pública o privada tomase a su cargo a este niño para realizar de esta manera la indicación médica.

Una madre necesitaría operarse e ingresar en el hospital; pero no se decide, ante el temor al desorden que su ausencia puede significar en su hogar durante algunos días o semanas. Tranquilizada por la Visitadora Social, que diariamente visitaría su casa, aconsejando que los niños siguieran concurriendo a la escuela, e informada del estado de su familia, aceptaría una operación, que no podría diferirse sin grave perjuicio para ella.

Un padre que necesitaría asistencia médica o quirúrgica en un hospital, la aceptaría del mejor grado si consiguiese la indemnización del seguro, la certidumbre de su readmisión después de curado, o trabajo para su hijo mayor de 14 años, gestiones todas estas que puede realizar con éxito la Visitadora Social.

Casos de esta naturaleza podrían multiplicarse al infinito, pero los citados son suficientes para permitir apreciar la importancia de la colaboración de la Visitadora Social con el médico del hospital.

Naturalmente, que no es posible pretender que la Visitadora Social haga surgir de la tierra recursos imposibles, pero sí es indudable que en gran número de casos su intervención cariñosa, diligente y hábil le permitirán conseguir la realización de cosas que parecerían imposibles.

Constituiría un error económico y social el que un médico estudiase la etiología de una enfermedad, estableciera un diagnóstico, pero no realizara un tratamiento o lo hiciera mal. El trabajo del médico resultaría incompleto, y la Administración del hospital, perjudicada, debido a la posibilidad

de que un tratamiento fácil en el primer momento, pero mal aplicado, hiciera necesario más tarde otro más grande y más costoso.

Tampoco puede el médico de un dispensario de lactantes o de una policlínica explicar detalladamente a la madre las múltiples minucias de un tratamiento dietético. Es indispensable, por consiguiente, que otra persona se encargue de completar la obra médica y se ocupe del cumplimiento exacto de las prescripciones facultativas, así como de la presentación regular al consultorio de los niños enfermos.

Esta otra persona es la Visitadora Social, a quien igualmente corresponde crear entre el médico y la familia del enfermo un ambiente de absoluta confianza que facilite la ejecución del tratamiento indicado, así como la obtención de informes precisos y verídicos, que el médico por sí solo difícilmente podría obtener. Como se ve, el diagnóstico social está de tal manera vinculado con el diagnóstico médico, que resulta indispensable estudiarlos correlativamente y aplicar el tratamiento simultáneamente, dando preferencia a uno u otro, según el caso.

La constitución de la ficha familiar, con las debidas anotaciones de los estados de embarazo que haya pasado la madre, sus enfermedades y las de sus hijos, los antecedentes del padre, etc., evitará, al cabo de algunos años, el tener que rehacer el trabajo con datos incompletos o equivocados, ahorrándose de esta manera tiempo y, por consiguiente, dinero.

Se comprende claramente que la organización del Servicio Social no puede asegurarse sino mediante la cooperación entre el médico y la Visitadora Social, la que deberá hacerse colaboradora en el dispensario o en el hospital, realizando diligencias o estudiando los casos individuales, controlando la aplicación de las prescripciones de orden médico o higiénico. Sin esta cooperación, todo buen resultado es imposible; lo que significa, en otros términos, que el Servicio Social no debe serle impuesto al médico, punto éste de la mayor importancia. Pero, hasta ahora, puede

afirmarse que no se ha dado el caso de que un médico que lo haya aceptado cambiase después de modo de pensar. Por el contrario, todos se encuentran muy satisfechos de esta nueva obligación, que les resulta interesante al par que a la larga extremadamente útil. Se comprende que una relación de sus actividades debe ser presentada mensualmente por la Visitadora Social a su jefe de servicio.

El Servicio Social en los casos individuales.—Este género de Servicio Social es el que se encuentra más extendido en los Estados Unidos.

Mary Richmond lo define diciendo que el Servicio Social de los casos individuales constituye el conjunto de métodos que desarrollan la personalidad, reajustando consciente e individualmente entre ellos al hombre con su medio social.

El Servicio Social no debe apreciar siempre los hechos desde el punto de vista colectivo. De la misma manera que en Medicina podemos afirmar que no hay enfermedades, sino enfermos, en medicina social debe hacerse un estudio especial de los casos individuales, aplicando a cada uno de ellos un método de investigación y un tratamiento especial.

He aquí algunas situaciones tipos que cita Miss Richmond y que requieren para su ajuste la intervención de la Visitadora Social:

Una jovencita de carácter difícil, pero no anormal, mal adaptada a su ambiente.

Un muchacho sin verdadero hogar.

Un matrimonio que vive en mala inteligencia.

Una familia cuyos hijos, privados del padre, son descuidados.

Una viuda sin condiciones para dirigir la casa y educar a sus hijos.

Una mujer de edad, cuyos parientes no la ayudan por no comprender las dificultades que pasa.

A todos estos casos individuales hay que buscarles un tratamiento especial que, naturalmente, pondrá a prueba las condiciones de la Visitadora Social, lo que pone de manifiesto la necesidad de una especialización en esta rama del Servicio Social.

Funciones de la Visitadora Social.—

Para poder apreciar la multiplicidad de los casos en los cuales la intervención de la Visitadora puede ser de utilidad, mencionaremos aquellos más importantes:

1. Desocupación del padre.
2. Desorden familiar a causa del padre o de la madre.
3. Estado civil irregular.
4. Legitimación de hijos.
5. Orientación profesional.
6. Educación de los hijos.
7. Niños anormales.
8. Niños enfermos.
9. Embarazo de la madre.
10. Malas condiciones de la habitación.
11. Alimentación insuficiente o de mala calidad.
12. Profilaxis de las enfermedades contagiosas.
13. Consejos de dietética.
14. Primeros auxilios en caso de accidente.
15. Aplicación de inyecciones, baños, lavajes, ventosas, envolturas, etc.
16. Vinculación con otras obras de beneficencia.
17. Inscripciones en los dispensarios de lactantes.
18. Despistar la tuberculosis dirigiendo los sospechosos al dispensario o al hospital.
19. Profilaxis de las enfermedades sexuales.
20. Higiene de la boca.

Funciones de la naturaleza de las que acabamos de describir hacen indispensables la preparación de un personal seleccionado e inteligente.

La tendencia general es actualmente en Francia la de dar a las Visitadoras Sociales una preparación en higiene y asistencia tan importante o más todavía que la que correspondería a las simples Visitadoras Sociales, de manera de permitir la utilización de sus servicios con el carácter de Enfermeras Sociales.

A esta solución se ha llegado en Francia, en Austria y en Chile, y, a mi juicio, es la que mejor armoniza con las necesidades de los países sudamericanos, en los

cuales los problemas de orden social están íntimamente relacionados con los de orden higiénico, sin que se pueda prescindir de considerarlos paralelamente. Es indispensable observar si las anomalías sociales dependen de una alteración de la salud o recíprocamente. La enfermedad, la alienación mental o la debilidad física forman con la miseria un círculo cerrado.

En Bélgica, las Visitadoras Sociales y las Enfermeras Visitadoras trabajan independientemente, lo cual no deja de tener serios inconvenientes.

La primera vez, naturalmente, con mayor interés los problemas de orden social, y trata de resolverlos en la medida de los medios a su alcance y en el sentido de aumentar el bienestar de la familia, estudiando la situación de los casos individuales. Su obra es más amplia y elástica; su función, más simpática al obrero que la de la Enfermera Visitadora.

Esta, preparada en un ambiente de obediencia y disciplina como es el medio de hospital, ve especialmente el lado higiénico de los problemas de orden médico.

Pero el inconveniente de orden económico y disciplinario de que dos personas que pueden estar en desacuerdo visiten el mismo hogar, así como la duda que puede ofrecerse al dueño de una fábrica sobre si le conviene más una Enfermera Visitadora o una Visitadora Social, han hecho ver las ventajas que pueden derivarse de la formación de Visitadoras Sociales que reúnan las condiciones de las Enfermeras Visitadoras, es decir, la Enfermera Social, como la llama Sand.

Es indudable que, mediante una preparación más larga y más completa que la que se obtiene aisladamente en las escuelas de puericultura o en las escuelas comunes de Servicio Social, es perfectamente posible y deseable la preparación de las Enfermeras Sociales en el concepto de Sand, que reúnan las cualidades de disciplina y de orden de las enfermeras formadas en el ambiente de hospital, conjuntamente con la espontaneidad y elasticidad fundamentales indispensables para el tratamiento de los problemas de orden social e higiénico que afectan a la familia.

Las escuelas de Servicio Social.—La preparación necesaria para las funciones que se acaban de señalar requiere la creación de instituciones especiales y la selección de un personal competente.

No se trata, en este caso, de crear escuelas de ciencias sociales teóricas, como las que pueden existir en ciertas Universidades. Se trata de escuelas a la vez teóricas y prácticas, destinadas a la preparación de hombres, o más especialmente de mujeres, a quienes ha de dárseles la preparación técnica y práctica necesaria para poder consagrarse a obras sociales de diversa naturaleza. En efecto, la preparación que se obtiene en las escuelas de Servicio Social constituye una nueva carrera, especialmente apropiada para la mujer, a la que va a abrir nuevos horizontes, donde ha de poder desplegar sus más valiosas cualidades. Esta preparación podrá darle las aptitudes necesarias para desempeñar cargos como los siguientes:

Visitadora Social de higiene maternal e infantil.

Encargada de un Dispensario de Lactantes, Casa Cuna, Cantina maternal, etcétera.

Enfermera Visitadora de Higiene escolar.

Inspectora adscrita a los Tribunales para niños.

Empleada de la Administración, Secretaría o Economato, de Instituciones públicas y privadas de asistencia, hospitales, restaurants populares, etc.

Superintendente de fábricas e Inspectoras de trabajo.

Secretariado de mutualidades, de Obras de Seguros sociales, de Seguros contra la desocupación.

Biblioteca que no se concrete a su función teórica, sino que busque de cumplir una misión social, tratando de hacer agradable la frecuentación de las bibliotecas populares, especialmente por parte de los niños.

Como se desprende de todo esto, no puede considerarse más justificada la necesidad de fomentar la creación de escuelas de Servicio Social, siguiendo el camino trazado por los Estados Unidos y seguido

por los países europeos más avanzados en cultura.

Las escuelas sociales actualmente existentes son aproximadamente un centenar, y se encuentran distribuidas de la manera siguiente: Alemania, 31; Austria, 3; Bélgica, 8; Canadá, 2; Chile, 1; Estados Unidos, 23; Finlandia, 2; Francia, 4; Inglaterra, 10; Italia, 1; Holanda, 4; Polonia, 1; Suecia, 3; Checoslovaquia, 1.

Como complemento a esta exposición, haremos ahora una breve descripción de los estudios seguidos en las escuelas sociales de Bélgica y de Francia.

Las escuelas de Servicio Social en Bélgica.—Este país cuenta con 8 escuelas para la preparación de Visitadoras Sociales, de las cuales 4 son católicas, 2 socialistas y 2 neutras.

Salvo dos destinadas a hombres, las demás son mixtas o solamente frecuentadas por mujeres.

Los estudios comprenden dos años, y como se trata de funciones diferentes a las de Enfermera Visitadora, en estas escuelas se estudia menos profundamente la higiene general o infantil que los problemas sociales.

Exigiendo estos estudios una preparación intelectual previa, se requiere como condiciones para la admisión, además de la edad de 18 años cumplidos, un examen de entrada o un certificado de estudios que responda al programa de la enseñanza media. Para algunas escuelas en las cuales la mayor parte de las alumnas son obreras, cuya instrucción es, por lo general, insuficiente, se considera más bien el grado de desarrollo intelectual del aspirante y sus aptitudes para el Servicio Social.

Los dos años de estudios a que nos referimos se dividen de la manera siguiente: en el primero se estudian nociones de Derecho civil en sus relaciones con el Servicio Social, y, además, economía política y social, legislación del trabajo, instituciones públicas y organizaciones privadas de educación, de previsión y de asistencia, además la higiene individual y colectiva, cuidados a proporcionar a los enfermos, a los heridos y a los niños, psicología práctica aplicada a la vida social, métodos de

estadística, de documentación y encuestas, así como la técnica de una oficina. Este año de estudios es completado por visitas a las instituciones sociales más importantes. Durante este primer año, la Dirección de la escuela se preocupa especialmente de desarrollar en las alumnas la *mentalidad social*. Un examen se rinde al final de este primer año ante los profesores de la escuela y los delegados del Consejo de la misma.

El segundo año está dedicado a cursos de especialización, de una duración de tres meses, y a seis meses de permanencia en una institución de asistencia médico-social. Las especializaciones, aprobadas en un examen final, dan lugar al diploma de auxiliar social, y ellas son las siguientes:

I. *Infancia.*—Delegada a la protección de la infancia, obras de educación y de protección al niño.

II. *Asistencia.*—Empleada de Administración de la Asistencia Pública, Secretariado de obras privadas de asistencia, encuestas sociales, Visitadoras Sociales.

III. *Instituciones.*—Dirección y Económico de hospitales, hogares, restaurantes, hoteles o cantinas populares.

IV. *Industrias.*—Superintendencia de fábricas, Inspectores de trabajo.

V. *Seguros sociales.*—Secretariado de Mutualidades y de Instituciones de Seguros sociales y de Seguros contra la desocupación.

VI. *Bibliotecas.*—Organización de Bibliotecas populares e infantiles.

La elección de la especialización se deja a la voluntad de la alumna, siendo generalmente preferida la de superintendente de fábrica, cargo generalmente bien retribuido, y que se ha demostrado ser de la mayor utilidad, especialmente en aquellas fábricas en que trabajan gran número de mujeres. En efecto: la Visitadora Social está mejor capacitada que un simple Administrador, no sólo para la selección del personal, sino también para poder apreciar las condiciones físicas y morales de las obreras e interesarse por su salud y bienestar social. Demostrada prácticamente la utilidad que reporta la Visitadora Social en

una fábrica con personal femenino numeroso, sus servicios resultan cada día más solicitados por parte de los propietarios o de las Compañías dirigentes. En estos casos, ellas se ocupan, además, del estudio de los problemas sociales, higiénicos y morales concernientes a las obreras. Su misión, por la confianza que inspiran al personal, es de la mayor importancia, y la participación en los beneficios de la fábrica que además del sueldo se les concede hace que esta especialización sea preferentemente elegida.

Las escuelas de Servicio Social en Bélgica no se limitan a la preparación de las Visitadoras Sociales, sino que también a la realización de obras de mutualismo y a la propaganda de la tendencia filosófica que representa la escuela.

Así, las escuelas católicas de Bruselas cuentan con 90.000 afiliados en toda Bélgica, que pagan una contribución anual equivalente a medio dólar, con derecho a recibir el periódico quincenal de la obra y de asistir a las conferencias de higiene general e infantil que se dan mensualmente a cargo de personalidades de renombre.

Las escuelas de Servicio Social en Francia. — El Servicio Social en Francia está limitado solamente al hospital.

Constituye una organización privada y autónoma, con sus estatutos, sus miembros y sus asambleas, que no conserva con la Asistencia Pública otro vínculo que el de la circunstancia de ser presidida por el doctor Mounier, Director general de la Asistencia Pública de París.

Su presupuesto es llenado por subvención, que recibe del Municipio del Departamento del Sena, de la Dirección de Higiene pública y de donaciones y suscripciones.

Hay en Francia cuatro escuelas de Servicio Social, siendo las más importantes las de París y la de Lyon, de las cuales han salido Visitadoras Sociales que han dado pruebas de inteligencia, abnegación y altruismos admirables.

Como ya dejamos dicho anteriormente, las Visitadoras Sociales en Francia tienen, además, funciones de Enfermeras Visita-

doras. Su acción es, a la vez, de orden social y de orden médico.

Su misión consiste:

1. En la colaboración diaria con el médico.
2. En colocar enfermos que no requieren hospitalización fuera de los Servicios de la Asistencia Pública.
3. En la elección y distribución de socorros necesarios para la vida material de los enfermos y de sus familias.

Desde el primer punto de vista, la Visitadora Social desempeña su misión de conformidad con el Servicio del cual ella forma parte. Así, en un Servicio de niños, investiga la tuberculosis y la sífilis en los padres, vigila a domicilio a los convalecientes, dando lugar de esta manera a una permanencia más breve en las salas del hospital, asegura igualmente la profilaxis contra la difteria y la fiebre tifoidea, y vigila los casos de tratamiento ortopédico.

En los Servicios de maternidad, educa a las madres que concurren a la policlínica, haciendo verdadera puericultura prenatal y enseñándoles las mejores condiciones para llevar a término el embarazo con la debida vigilancia médica.

En los Servicios de tuberculosos es la Enfermera Social la que realiza la investigación familiar, tan importante y necesaria como la observación clínica, y es ella también la que educa e instituye la profilaxis contra el contagio familiar, o quien aconseja la separación del niño sano en peligro de ser contaminado por las personas que lo rodean.

En los Servicios de sífilis investiga en los padres la existencia de esta enfermedad, y sabe insistir para que se siga el tratamiento iniciado, aunque rara vez seguido hasta su terminación, de manera de hacerlo realmente útil para el enfermo.

Se comprende que en este y en otros muchos casos la colaboración diaria del médico con la Visitadora Social sea verdaderamente preciosa.

Desde el punto de vista de la colocación de enfermos cuyo estado no requiere hospitalización, y establecido que un hospital no es un refugio ni tampoco un hos-

picio, sino un establecimiento destinado a un tratamiento de duración limitada, puede afirmarse que la Visitadora Social ha rendido en París, en los últimos cinco años, un importante beneficio a la Asistencia Pública.

Han beneficiado, durante el año 1926; 5.400 personas de las ventajas de la colocación en familias o en instituciones, y entre ellas, 1.012 madres, que no queriendo separarse de sus hijos de pecho, fueron colocadas con ellos en refugios o en establecimientos maternos, y 483 niños sanos, en inminencia de contagio, separados del ambiente familiar tuberculoso y protegidos por la obra de Grancher.

En lo referente al tercer punto de vista, es decir, al suministro de socorros morales y materiales, la Visitadora Social ha cumplido en París, durante el año 1926, una tarea extraordinaria, consiguiendo socorros legales a más de 4.000 mujeres, amparadas por la ley de protección a las mujeres en estado de preñez, y enviado otras muchas a cantinas maternas, habiendo también intervenido favorablemente en problemas íntimos del hogar en gran número de casos. Otras veces, ellas han llevado socorros de urgencia, obtenidos por donaciones de Obras o de particulares, a muchas familias en estado de miseria extrema.

Toda esta obra se ha llevado a cabo con la insignificante suma de 800.000 francos, equivalentes a poco más de 30.000 dólares, asegurándose los beneficios de la Visitadora Social a 44 Servicios de hospitales en 23 establecimientos, mediante un personal constituido por 57 personas. Dirigidas por su incomparable Directora Mlle. A. Noufflard, las Visitadoras Sociales de París han trabajado, según la expresión del gran Maestro Couvelaire, con un espíritu de disciplina, una abnegación, un tacto y un sentido tal de las necesidades morales y materiales, que merecen la admiración de todos aquellos que saben que es más difícil ser una buena Enfermera Social que una simple enfermera dedicada solamente a cuidar enfermos.

No terminaremos esta exposición sin

exaltar el esfuerzo admirable que realizan actualmente en París la Escuela de Puericultura de la Facultad de Medicina, que prepara Enfermeras Visitadoras de Puericultura; la Escuela de Servicio Social que dirige el Pastor Doumergue, y la Escuela de Aplicación de Servicio Social bajo la competente dirección de Mlle. Chaptal.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

El Servicio Social es hoy un medio imprescindible para el tratamiento de los males de orden higiénico y social. Su eficacia no puede ser discutida. Una democracia debidamente organizada no se concibe hoy día sin la cooperación obtenida mediante el Servicio Social. Las obras de asistencia, de profilaxis general o especial, antituberculosa, anticancerosa o antisifilítica no pueden llegar a un resultado útil sin el concurso de la Visitadora Social. Las obras de protección al niño, prenatal o postnatal, no pueden dar el resultado provechoso máximo si no se las complementa con el trabajo de las Visitadoras Sociales. La higiene del niño en edad preescolar y escolar, los tribunales dedicados a juzgar menores delincuentes requieren absolutamente el concurso de la Visitadora Social.

Compenetrado de la veracidad de estas manifestaciones, propongo el siguiente voto:

El V Congreso Panamericano del Niño, considerando al Servicio Social como un complemento de la Asistencia Médico-Social, incita a los Gobiernos a establecer escuelas especiales para la preparación de Enfermeras Sociales.

EDUCACIÓN FÍSICA Y CARÁCTER

por Giovanni Gentile.

El principio de la unidad de la educación tiene necesidad de alguna aclaración en lo que se refiere a la educación física. Porque cuando se ha unificado educación moral e intelectual en el concepto concre-

to del espíritu, cuya actividad no puede ser de conocimiento sin ser también práctica, y no puede realizar ningún valor moral sino a través del conocimiento, puede parecer todavía que además de que a este desarrollo del espíritu una educación entera y perfecta deba mirar también al desarrollo físico: el educando, no siendo sólo espíritu, sino espíritu y organismo corpóreo; y los dos términos, debiéndose también concebir en esa forma unidos y ligados, que la salud del uno esté subordinada a la del otro.

Pero antes de entrar en las dilucidaciones que ocurren en este argumento, es necesario rendirle homenaje al principio pedagógico en que se inspiró entre los griegos, y en que del Renacimiento hasta nosotros, por diversos motivos, ha vuelto a inspirarse la doctrina de la educación física; que nosotros no nos proponemos combatir, sino confirmar nuestro concepto de la unidad de la educación. Este principio pedagógico deriva, evidentemente, del modo de concebir la función del organismo corpóreo respecto al espíritu humano; ya que, cuando se escruta en el fondo el interés que ha guiado siempre a los hombres en la práctica educativa, se encuentra que la educación ha mirado en todo tiempo al espíritu. Y no podía ser de otra manera, porque el hombre, sea o no sabedor de su pura esencia espiritual, se presenta espontáneamente y sale como personalidad que se afirma que está presente y dice: yo, y habla (aun si el hombre es sordomudo). La educación empieza como relación entre patrón y esclavo, entre padres e hijos; y el esclavo y el hijo no conservados, mantenidos, atendidos (y, por lo tanto, educados) como simples animales, sino como seres dotados de las mismas aptitudes del señor y de los progenitores, y que pueden por eso recibir órdenes o preceptos, para hacerse una voluntad, aquella voluntad que los superiores quieren precisamente idéntica a la propia. El superior manda y por eso pregunta; el inferior, respondiendo obedece. Y responde en cuanto es sujeto espiritual; y siempre mejor podrá responder a medida que más plenamente actúe

aquella naturaleza espiritual que el superior desea correspondiente a la propia.

El hombre es hombre, para los filósofos como para el pensamiento ingenuo y primitivo, en cuanto tiene conciencia de aquello que hace y de aquello que dice, de aquello que piensa; y en cuanto se presenta a los otros, porque está presente primero a sí mismo. El hombre es hombre porque tiene conciencia de sí, y también el malvado que domina con su brutal prepotencia al hombre que tiene sujeto no aspira a hacer de él un instrumento inconsciente de su capricho, sino el siervo inteligente, capaz también de adivinar su pensamiento.

Y en verdad, la educación es unión, unificación interindividual; ¿y cómo sería posible la unidad si los hombres no se convivieran y no se encontrasen espiritualmente?

Nosotros lo hemos visto: quien dice materia, quien dice naturaleza, quien dice cosa, quien dice otra cosa del espíritu, dice multiplicidad. Cuando la multiplicidad de los elementos naturales empieza a organizarse en el organismo, ya resplandece la actividad espiritual. En el espíritu está la raíz y la posibilidad de toda unificación. El espíritu une a los hombres. La educación por eso no debería ser una relación social y un vínculo entre hombre y hombre, para no ser una relación espiritual, que va de espíritu a espíritu. La educación, por lo tanto, es por naturaleza, y ha sido en todo tiempo, y será siempre, educación del espíritu.

Pero según el concepto que se tiene del espíritu, mirando a éste se tiene o no se tiene cuidado del cuerpo; y este cuidado se tendrá de un modo o de otro. Los antiguos dieron gran importancia a la educación física y los filósofos griegos de la edad áurea hicieron de la gimnasia el complemento esencial de la música — nombre con el cual designaron a toda cultura espiritual —, porque los antiguos no dividieron jamás el espíritu de la realidad física del hombre, y el hombre todo, cuerpo y actividad psíquica, lo concibieron como ser natural, sujeto al mecanismo que rige toda la

Naturaleza. Cuando en la psicología griega hizo camino el misticismo, propio de las creencias religiosas, el alma que se contraponía al cuerpo y se dijo cerrada en él, como en una cárcel, se distinguió netamente de otra alma que se mantuvo en contacto con la materialidad de todas las cosas naturales y junto con ellas, gobernada por la ley de la transformación mecánica, o sea de las transformaciones causadas por el movimiento en donde todas las partes de la materia son agitadas. Y a esta alma natural, susceptible de desarrollo, la cual poco a poco debería elevarse hasta la altura de la pura alma incorpórea, contempladora de la verdad absoluta; a esta alma, por la que el hombre no es un ser sobrenatural, sino que nace, crece y muere, y pasa incessantemente de un modo de ser a otro, lo mismo que todas las cosas que la experiencia nos hace conocer en este mundo, la educación podía y debía referirse. Y el alma resultante del proceso orgánico del cuerpo físico y procedente en su desarrollo, paralelo con las transformaciones de ésta, no podía por eso ser educada prescindiendo del problema de la mejor formación del cuerpo. El pensamiento humano, todavía no llegado a la conciencia de la propia e irreductible oposición a la Naturaleza, o sea a la conciencia de la propia esencial libertad, viéndose también como sustancia espiritual, sumergido en la indistinta Naturaleza, no conocía todavía la educación como problema de la libertad (que no admite una naturaleza limitadora de la actividad espiritual), pero se reducía a concebir esta forma de acción dirigida al tratamiento del hombre en el mismo plano de toda acción que se proponga obrar sobre la Naturaleza. Y en este naturalismo pedagógico, el espíritu no era espíritu sin ser cuerpo, y comprendía por eso en su propio proceso el desarrollo de éste.

Vino el Cristianismo y destacó enérgicamente el espíritu de la Naturaleza con su dualismo fundamental de ley del espíritu y ley de carne, de gracia y naturaleza: dualismo con el que quiso desde el principio sustraer al hombre del dominio de las simples cosas naturales, objeto de experien-

cia, y anunciar aquel reino del espíritu que (se dijo) no es de este mundo.

Y no es, en efecto, si por este mundo no se entiende otra cosa sino aquello que la palabra dice comúnmente, el mundo que tenemos delante y que nosotros podemos por eso señalar a nosotros mismos y a los otros; el mundo que, siendo objeto de la experiencia y la antítesis directa de lo que somos nosotros, sujeto de la experiencia, libre personalidad: precisamente, espíritu; aquel hombre del Cristianismo, que se opone al mundo de la experiencia, a la Naturaleza, superando en sí mismo lo que pertenece a la misma Naturaleza y se le presenta, en efecto, en contraste con la finalidad y con la libertad del espíritu: fuente de encantos y seducciones pecaminosas que empobrecen las aspiraciones más elevadas del hombre, acercándolo a los instintos que lo asemejan a los animales inferiores. Y de aquí la tendencia a quitar valor para la educación del espíritu a la del cuerpo, no ya porque entonces se descuidara del todo el modo de comportarse del hombre respecto a la naturaleza física, ya que el mismo dualismo no sería posible sin poner una relación entre los dos términos de la oposición. Y el hombre, precisamente porque encuentra un obstáculo en la realización de su destino espiritual y de su libertad en las tendencias naturales del sentido en que se manifiesta la vida del cuerpo, debe remover el obstáculo y allanar el camino a la salud espiritual, y a tal fin tener cuidado también del cuerpo, y con el ejercicio dirigido por una fuerte voluntad, reprimir la fuerza de los instintos y de los apetitos, dominar el cuerpo y doblegarle a los fines del espíritu.

Evidentemente, la educación ascética no niega del todo el concepto de la educación física, pero lo amolda a su modo. El cilicio de San Francisco de Asís, en el fondo, no tiene un valor distinto de la clava de Hércules; sirve al mismo objeto. Pero los monstruos que Hércules mata con la clava que solamente su brazo potente sabe usar, para San Francisco no están ya fuera de él. Aun a los lobos puede dominar con su dulzura sin clava y sin cadena: los mons-

truos, como todo hombre, él los tiene dentro de sí mismo, en el cuerpo, y no propiamente en el cuerpo material, del cual podrá no preocuparse, si no fuera más que material, como la tierra que pisa y el saco que tiene sobre sus espaldas; pero en el cuerpo que él siente; en aquella alma que con la violencia de sus deseos, con el clamor de sus voces fuertes y discordes, lo saca del ideal, donde está su vida, imponiéndole tantas necesidades, que para acallarlas se debería divorciar de la Pobreza y volverse esclavo de las cosas que no están en su poder, de la riqueza que se adquiere y que se pierde, de la fortuna que ora viene a nosotros, ora nos vuelve las espaldas y concebir materialmente la vida. Su hidra Lerneia está en el fondo de su corazón, donde el instinto de las cien cabezas y de las cien bocas aprisiona las raíces de su deseo magnánimo y santo de hacerse semejante a Cristo en el amor y en el sacrificio de sí mismo. Pero matar con el cilicio ese monstruo, ¿qué otra cosa significa sino endurecer el cuerpo y acostumbrarlo a la renuncia, al sufrimiento, a la represión de todas las tendencias animales que impedirían al hombre la consecución de sus fines? El cuerpo, de ese modo, en vez de empobrecerse, debe adquirir una nueva fuerza para vivir una vida superior a aquella que naturalmente estaría llevado a vivir, más difícil, para la que se requiere una robustez, un poder de resistencia mayor que la que naturalmente el cuerpo posee. También el ascetismo, por lo tanto, tiene su sistema de educación física.

Pero es un sistema abstracto. Ni la vida es pobreza, porque ella es trabajo y, por lo tanto, riqueza, ni el espíritu, con su libertad, se puede concebir en antagonismo con la naturaleza, a la cual nosotros, como cuerpo, como sentido, en cuanto existimos y sabemos que existimos, nos encontramos que pertenecemos. Quien dice antagonismo dice dualidad, dice límite de cada término opuesto, y no hay libertad dentro de ciertos límites. Libertad, como hemos dicho, significa infinito.

El espíritu puede ser libre solamente si es infinito y no encuentra en su camino

nada que le impida su paso, y, por lo tanto, se puede concebir como libertad solamente si supera al dualismo, y si se ve en la misma naturaleza, en el mismo cuerpo, el efecto de la actividad del espíritu; el que no tenga, por lo tanto, necesidad de cerrarse dentro de ciertos límites y renunciar a todo aquel campo que se extiende más allá para celebrar la propia libertad, porque esa libertad estaría siempre amenazada, siempre en peligro, y, por tanto, sólo aparente. El espíritu, si es libre, es decir, si es espíritu, debe extender el propio dominio hasta donde llega con su pensamiento, hasta donde le aparece un signo de vida o de simple ser. Nada que sea pensable debe serle externo. Si alguna cosa o alguno se le presenta con ropaje de amigo o tal vez de enemigo, no podrá ser sino su criatura, por él mismo puesta de frente y contra sí mismo.

Tal es la nueva intuición pedagógica y filosófica iniciada por nuestro humanismo y que prevaleció a través del Renacimiento italiano en la Edad Moderna. La cual parece haya vuelto al concepto clásico naturalista; pero, realmente, no ha vuelto sino para confirmar, integrar y hacer más verdadero el concepto del espiritualismo cristiano.

La gimnasia griega es el adiestramiento del cuerpo, que tiene un fin en sí mismo, y sirve, sí, al espíritu, pero al espíritu que se injerta en el tronco de la personalidad física y extrae todo el jugo vital, sojuzgando al destino de generación y corrupción propio de la naturaleza y de cada una de sus partes. La educación física de los antiguos es educación espiritual, en cuanto para los antiguos el espíritu esencialmente es cuerpo también él. La educación física de los modernos, empezando al menos por nuestro Vittorino, es la formación espiritual del cuerpo: es el adiestramiento del cuerpo que sirve al espíritu, así como lo quería el medieval. Pero a un espíritu que no entiende cerrarse abstractamente en sí mismo, secuestrándose del mundo de lo existente, al contrario, quiere explazarse libremente, afrontar la naturaleza y subyugarla a sus propios fines, instrumen-

to y espejo de la propia voluntad. La educación física de los modernos es educación espiritual, en cuanto el mismo cuerpo para ellos es espíritu, y su ciencia no es ya solamente especulación de verdad ultramundana, sino ciencia del hombre, y del hombre en el universo, y por eso también, de esta naturaleza, la cual, conocida, se domina y se espiritualiza, del mismo modo que se espiritualiza cada libro que se lee.

En este concreto concepto del espíritu, que no excluye nada de sí, adquiere concreción el concepto cristiano de la educación física. La cual, si bien mira al cuerpo instrumento del querer, pero no del querer que renuncia al mundo, sino del querer que al mundo mira como el campo de sus batallas y de sus victorias, aun más, de su propia vida; al mundo que él con su trabajo transforma, aun más, lo recrea continuamente, aportando, ora de éste, ora de aquel punto, una modificación que en el sistema donde todo está unido y funciona, reacciona sobre todo y lo renueva. Al mundo que tiene siempre delante en actitud de desafío y como rebelde, y que él domina fatigosamente, haciéndole el espejo de su propia transformación

La Edad Moderna, en suma, con su idealismo, atribuye, como ya la antigua con su naturalismo, un gran valor a la educación física (positiva y no negativa, como aquella reconocida por el ascetismo medieval), pero por el opuesto motivo de la antigua, en cuanto para ella, el mismo cuerpo, repito, es espíritu.

Por oposición que sacude seguramente el sentido común; pero aquel sentido común que el pensador no puede respetar sin transformar el contenido. Mirad; nuestro cuerpo no es un cuerpo entre los cuerpos, un cuerpo cualquiera. Si él se entremezclase y confundiese en la multitud de las cosas materiales que nos rodean, nosotros no podríamos ya hablar de ningún cuerpo: porque todos los cuerpos son percibidos en cuanto (dicen los psicólogos) modifican el nuestro y están de cualquier modo en re-

lación con él. Mejor se diría que todos los otros cuerpos que nosotros tenemos en el contenido de nuestra experiencia forman un sistema, un círculo que tiene su centro y este centro es nuestro cuerpo, ocupan, ante todo, el espacio; pero un espacio que ninguno de nosotros puede pensar (o intuir) sino como una infinita radiación en el centro, de la cual estamos nosotros con nuestro cuerpo.

A fin de que entonces se hable de cuerpos, es fuerza, primero, hablar de nuestro cuerpo.

El es el fundamento de todos los cuerpos. Y justamente, un filósofo nuestro, Rosmini, llamó *sentimiento fundamental* el sentido inmanente, continuo, profundo, que nosotros tenemos de nuestro cuerpo, y del que todas las sensaciones son modificaciones particulares. Ya que *nuestro* cuerpo es tal sólo en cuanto nosotros lo sentimos, y lo sentimos, ante todo, confundidamente, o, mejor, indistintamente, sin discernir ninguna parte diferente. Lo sentimos como el término, el otro, lo opuesto, el término de nuestra conciencia. La cual si no fuese conciencia de alguna cosa no sería conciencia, no se realizaría. Y se realiza por eso, primeramente, como conciencia de este objeto, que es el cuerpo. Por eso Spinoza exactísimamente definió el cuerpo *obiectum mentis*, es decir, precisamente, objeto de la conciencia. Conciencia sin objeto no es conciencia; pero es obvio que tampoco el objeto de la conciencia es tal sin la conciencia. Los dos términos son inseparables. Porque son productos en un momento de un mismo acto del cual no se pueden separar, y que es el libre desarrollo del espíritu.

Nuestro cuerpo, este primer objeto todavía indistinto y, por lo tanto, uno e infinito de la conciencia, no está verdaderamente ni siquiera en el espacio, que es el reino de la distinción de lo múltiple y finito. Es interno en nuestra misma conciencia. Y sólo poniendo atención a esta su interioridad nos es dado entender fácilmente como suceda en efecto que nosotros (nosotros, actividad espiritual) accionamos sobre nuestro cuerpo, animándolo, sosteniéndolo.

dolo, avivándolo con nuestro vigor y con nuestro impulso, y continuamente trasformándolo, como precisamente accionando sobre aquella que todos fácilmente conciben como nuestra personalidad moral, dirigiendo nuestros pensamientos, haciéndolos surgir de la sombra y llevándolos a la escena luminosa de la conciencia, examinándolos después, corrigiéndolos, unos se parándolos y otros manteniéndolos, y alimentando nuestras pasiones o combatiéndolos o sofocándolos, o acariciando ideales que nutrimos en nuestro mismo corazón y teniéndolos en vida con la constancia del propósito, o apagándolos con la volubilidad de nuestro capricho; y, en suma, en los más variados modos, creando y reformando continuamente nuestra vida espiritual, buena o mala, empeñada estudiosamente y escrupulosamente en buscar la verdad o perezosamente sumergida en la ignorancia o el olvido.

Nuestro cuerpo, este nuestro inseparable compañero que está en nosotros mismos, no es ningún miembro particular que, en cuanto tal, puede ser por nosotros perdido, y nosotros quedamos nosotros, aun mutilados. Cada una de las partes de nuestro organismo es, en cuanto fundida en la totalidad única e indistinguible de nuestro ser vivo: el corazón y el cerebro, como la falange de un dedo, si nosotros nos fijamos en el pensamiento de su necesidad y no nos sabemos resignar a vivir sin ella, en modo que también ella venga a formar efectivamente nuestro ser. La distinción entre órganos vitales y no vitales es distinción empírica, relativa a una observación verdadera dentro de los límites de lo que a menudo sucede. Si nuestro cuerpo es el cuerpo que nosotros percibimos como nuestro, él es esto o aquello otro según nuestra percepción. La cual no es seguramente arbitraria sino nuestra subjetiva, al punto que, en vía anormal, uno pueda no estar ya en posesión de su cuerpo, y, por lo tanto, no poder ya vivir por la simple pérdida de una falange, o tal vez de un cabello. El cual entonces es parte vital, no porque es aquel cabello, sino en cuanto (aunque sea locamente) viene unido y ab-

sorbido en la unidad distinta de nuestro cuerpo. Tomemos un ejemplo que nos lleve a esclarecer este pensamiento. El órgano de los órganos, como dice un gran escritor antiguo, es la mano. La mano, nosotros podemos mirarla desde dos puntos de vista diferentes. De uno de los cuales nosotros, apoyándola en medio a las otras manos de otros que se sienten con nosotros en una misma mesa, vemos su forma, su color, etcétera, en parangón de las otras; y concluimos casi por olvidar, porque no fijamos la atención que aquélla es la nuestra como tal en efecto no la distinguimos en el hecho de las de los otros. Y en tal caso, evidentemente, la mano en nuestra conciencia está como un objeto material separado de toda esencial relación con nosotros (con aquello que nosotros estamos ahora mirando y programando). Este es el punto de vista externo, desde el que la mano puede ser considerada. Pero hay otro; aquel, podemos decir, por el cual, disponiéndonos a escribir, porque hemos aprendido a hacerlo nosotros, tomamos la pluma: que es un caso en que, evidentemente, la mano es de verdad nuestra mano, el instrumento de que nos servimos para asir otro instrumento útil al objeto que nos proponemos. En tal caso, en efecto, nuestra derecha, en lugar de ser para nosotros como en el precedente una mano como las otras, una entre tantas, es la nuestra, la única posible con que nos sea dado servirnos queriendo escribir, o sea, queriendo realizar de este modo determinado nuestra personalidad (porque siempre hacer alguna cosa es realizar nuestra personalidad que hace aquella tal cosa). Y aquella mano entonces está talmente fundida con nuestro ser, que sin ella y de por ella ya adiestrada a escribir, nosotros no seremos nosotros.

Cierto, abstractamente, seremos también nosotros. Pero estamos siempre allí; no es abstracto, lo existente, sino lo concreto; y en concreto, nosotros que somos en este momento de tomar la pluma para escribir, nosotros somos esta determinada personalidad en que nuestra voluntad se termina en la mano. Y como nosotros no podremos distinguir entre nosotros y nues-

tra voluntad, salvo que, verbalmente, ya que nosotros somos para ese momento esta nuestra voluntad, ni siquiera nos es dado distinguir entre nosotros y nuestra mano, entre la voluntad y nuestra mano. Y puesto que se ha armado de la pluma y con ella ha completado, por decirlo así, la mano la propia instrumentalidad, la voluntad no llega y termina en la mano, sino que precipita así y apura a la punta de la misma pluma, a través de la cual, si ni la tinta ni el papel oponen impedimento, se vuelca en el escrito; en el escrito, que es leído, que es pensamiento, donde el que escribe se encuentra, por último, delante de su propio pensamiento, delante de sí mismo: a aquel *sí mismo* de que al considerar la cosa materialmente, parecía que poco a poco se fuese enajenando, y en el que, al contrario, se iba siempre más internando. Pero, en tal caso (no lamentéis insistir en este análisis), ¿podemos nosotros decir que, efectivamente, en el acto se distingue entre pensamiento, brazo, mano, materia de escribir, escritura, lectura y nuevo pensamiento? Se trata de un círculo en donde un punto está junto al otro sin lados, sin interrupciones de ninguna especie! Se trata de un solo proceso en el que nosotros nos embarcamos, siguiendo una organización particular de nuestra personalidad, de frente a nosotros mismos, y que realizamos nosotros mismos. Y la mano es nuestra en cuanto no se le distingue ni de nosotros, ni, por lo tanto, de los otros miembros del cuerpo y de las cosas materiales que circundan a ésta.

Esta mano, que es la nuestra, sabe escribir porque nosotros hemos aprendido a escribir; precisamente de aquel modo que nuestro corazón sabe amar, sabe osar, sabe renunciar, si nosotros nos hemos esforzado por ver en los otros nosotros mismos, y reprimir la instintiva timidez de la prudencia excesiva y apagar el deseo que irrumpe del natural egoísmo. Nosotros somos los que queremos ser no sólo en las pasiones y en las ideas, sino también en las manos, y en las piernas, y en todos los músculos, y en los nervios y en nuestras vísceras, en cuanto su ser depende de su

función y su función es gobernable con la higiene y con la gimnasia, que son nuestra acción, nuestra voluntad

Hay un dato natural, que no está en nosotros el modificar, y que nosotros no podemos sino aceptar para construir sobre él. Ciertamente. Pero este límite de la verdad, sobre la cual he reclamado vuestra atención, va aceptado sin renunciar a la verdad misma, y entendido, el mismo, por aquel valor que tiene, no sólo científico, sino también moral. Y es esta una advertencia oportuna, no sólo para el problema de que ahora nos ocupamos, sino para muchos problemas que son suscitados por la concepción espiritualista de la vida, y hacen sombrear y recalcitrar a cuantos presumen filosofar sin tener la fatiga de pensar.

Que hay un cuerpo que no nos damos nosotros, no es por eso producto de nuestro espíritu, y parte su misma vida y sustancia, es verdad si nosotros pensamos en el cuerpo del individuo que empíricamente se considera tal. Yo, en este sentido, no he nacido de mí mismo. El hijo puede atribuir a su progenitor los estigmas, que llevará toda la vida, cualquiera sea el modo con que procurará vivir. El ciego nato podrá lamentarse de la naturaleza madrastra. Pero el hijo que hace las cuentas con sus progenitores es el hombre que no se puede decir contento de la naturaleza, es el hombre, en cuanto hombre particular: uno de los hombres, uno de los animales, de los seres, de las infinitas cosas que *el hombre* —aquel hombre del que debemos siempre hablar, cuando queremos entender que, si todo el mundo no es espíritu, en él, al menos, hay un pequeño puesto para el espíritu—, reúne y unifica en su propio pensamiento, porque él es pensamiento.

El hombre particular es el hombre pensado, que de él nos manda, si queremos encontrar al hombre verdadero, al otro, al hombre pensante, que es también individuo, pero no como parte, sino como todo, y recoge en sí todo. Y en este hombre, progenitores e hijos, son el mismo hombre; en él, hombre y naturaleza son igualmente todo uno, el hombre, el espíritu de su

universalidad. Cada uno de nosotros es el uno y el otro hombre; pero el uno (el hombre pequeño) es sólo en cuanto es el otro (el hombre grande). Ni debemos pretender que el pequeño haga las veces del grande. Todos los errores y todas nuestras culpas traen su origen de esta confusión. Además, el grande, el todo, lo infinito está en el pequeño con toda su infinidad. La personalidad, en cuanto es tal, en su actualidad, no se acurruca y limita ella misma en el hombre en particular, sino dentro de aquellos límites que no se ven sino de externo; ella, interiormente, se explaya en lo infinito, absorbiendo en sí los límites, y, por lo tanto, superándolos. El ciego nato no sabe la maravilla de esta espléndida y fulgente naturaleza, que llena los ojos y el alma del que ve. Pero su alma se funde igualmente en la infinidad de las armonías y, en general, del pensamiento. Y quien por haber gozado una vez de la vista tiene conciencia efectiva de la propia ceguera, conserva en sí la imagen desmesurada del mundo visto y lo amplía indefinidamente con la imaginación, y el dolor mismo de no ver cura y sana con la objetivación que hace, reflexionando. De modo que la personalidad, de cualquier modo, triunfa siempre de las angustias en que superficialmente aparece cerrada, y, dentro de la más tenebrosa prisión, brilla siempre al ojo del hombre un rayo de luz que le conforta el espíritu cansado y le restituye entera, es decir, infinita, la libertad de crearse su mundo.

Así, el hombre vivo, y no aquel que se mira desde afuera, el hombre que piensa, que quiere, que es personalidad activa, no se somete jamás a una naturaleza ajena. El se la forma empezando de aquella que es su cuerpo, del cual él va paso a paso ampliando el efecto del propio poder y poblándolo todo alrededor el espacio, que es suyo, de las criaturas a que da vida. Pensad, no en el pequeño hombre que veis cerrado en un metro cuadrado y en el instante, sino en el hombre que ha hecho y hace todas las cosas bellas de que vosotros vi-

vís. Pensad en la humanidad, en el espíritu, en su potencia, que es pensamiento y trabajo (pero trabajo siempre en cuanto es pensamiento); a este mundo material en que vivimos, todo encuadrado y medido y recorrido por las fuerzas que nosotros frenamos, y desencadenamos, y moderamos, y transformado por su ser una vez, está hecho tal como nosotros lo vemos, adaptado a nuestro vivir, asociado a nosotros en nuestra vida, fundido con nosotros, espiritualizado, y probad después a dividir la naturaleza del espíritu y a pensar en aquella sin éste. La naturaleza se puede dissociar del hombre natural, es decir, una parte de la naturaleza del resto. Pero aquél no es hombre que domina la naturaleza, no es Volta, que se adueña de la electricidad y transforma la tierra; no es Miguel Ángel, que trasfigura el mármol creando el Moisés.

La educación física entonces no se agrega a la educación del espíritu; es también ella educación del espíritu; ella es la parte fundamental de esta educación, porque el cuerpo es el fundamento, en el sentido que hemos dicho, de nuestra espiritual personalidad. Vivir es hacer el cuerpo, porque vivir es pensar, y pensar, tener conciencia de sí, por lo que no se tiene conciencia si uno no se objetiva, y el objeto, como tal, es el cuerpo (*nuestro cuerpo*). Tal conciencia, tal cuerpo; no hay pensamiento que no sea hacer. Pensar os hace el cerebro, pero os hace todo el resto del cuerpo. Llamadlo, si queréis, querer, pero no hay un solo acto de pensamiento que no sea aquella actividad que responde en la mente a esta palabra. Sin querer vosotros, no tenéis cuerpo, porque el cuerpo es ante todo y siempre vida, y vivir no se puede sin quererlo. Hay un movimiento de aquello en que se distingue la vida, que se dice involuntario, no porque sea tal realmente, sino porque, a diferencia del movimiento llamado voluntario, es un querer constante, inmanente: tan es verdad, que nosotros podemos también interrumpirnos. Como sin querer no nos sostendríamos en pie, sino que caeríamos al suelo, así, sin querer, toda la fuerza que

mantiene en su puesto a cada órgano y mantiene todos los órganos en el círculo de la vida cedería y se aniquilaría. Por eso, lo moral, como se dice, es coeficiente primero de cura en las enfermedades del cuerpo, por eso se han podido constituir sociedad y sectas religiosas, que de la fe moral han hecho instrumento del bienestar físico; por eso, la Psiquiatría se afana en vano en trazar una línea que netamente divida la enfermedades mentales y las del cuerpo.

La fuerza del querer, el vigor de la personalidad, el impulso del espíritu en su transformación es la potencia admirable que sacude la materia y la organiza, y sustenta la vida, y la potencia, y la adapta al progreso de los fines. No es el temperamento, el que es base del carácter; al contrario, el carácter es la base del temperamento. Dad vuelta esta proposición y haréis absurdo todo concepto moral de la vida, y desplegaréis todo valor espiritual. Entonces, D. Abondio tendrá razón, y no la tendrá el cardenal Federico.

El carácter, se entiende, es un concepto empírico también. Pero como todo concepto empírico, tiene su verdad semioclusa, en vez de claramente definida. Quien dice carácter quiere decir personalidad racional, entendiendo por racionalidad, no el movimiento, la transformación, que es propia de la razón donde por ésta se entiende no la misma actividad del espíritu, si la coherencia del objeto en que esta actividad se fija. Y esta coherencia consiste, a su vez, en la armonía donde todas las partes de un objeto pensado se pueden pensar juntas formando un solo todo, porque no están entre ellas en contraste, no se contradicen, y el objeto, a través de todos los detalles, permanece siempre aquél.

Quien, razonando de una cosa, razona en modo que aquello que dice después no se relaciona con aquello que dijo primero, y eso puede referirse sólo a cosa distinta de la primera, ése no razona.

Racionalidad por eso es permanencia del

ser en que se piensa: firmeza de concepto, de ley a la que se vuelven a aducir los detalles que se le refieren. El objeto, en efecto, de la conciencia está caracterizado respecto al acto que lo constituye de tal firmeza e inmutabilidad. Lo que pensamos es aquello, y no otro. El pensamiento con que lo pensamos es transformación, mudanza continua; ahora bien, el carácter del hombre está allí, en el objeto, en el contenido de su pensamiento, en eso que él pensando viene a hacerse, a constituirse como una personalidad determinada: un cuerpo. Cuerpo, fijaos bien, idealistamente entendido; un sistema que tenga una ley, una determinada relación que sea aquella y forme la sólida base de todo desenvolvimiento ulterior. Verdad vagamente intuitiva por el pensar común que requiere robustez de fibra física a base de todo firme carácter; pero que tiene necesidad de ser desnudada del ropaje fantástico y material del realismo vulgar preocupado en concebir materialistamente el cuerpo para refulgir en todo su genuino significado.

Ya que también el hombre débil y enfermizo puede dar pruebas de un carácter de acero, y Farinata que yergue el pecho y la frente como si tuviese desprecio por el infierno, o Bruno que entre las llamas que ya envuelven las carnes, desvía desdeñoso la mirada del símbolo de la religión que lo condena, son ejemplos evidentes de una fuerza de espíritu que no tiene parangón seguramente en la fuerza física en ellos aniquilada o cerca de ser aniquilados por fuerzas ineluctables. Leopardi tiene razón de indignarse contra quien adscribe a sus infelices condiciones de salud el triste pesimismo, que en su espíritu lanza un desafío solemne y magnánimo al «*brutto potere ascoso*». El carácter es vigor físico en cuanto esto es vigor espiritual; es pensamiento duro, firme, inderrumbable. El cual aparece exteriormente cuerpo que no se doblega a las fuerzas enemigas, que del exterior o interior lo insidian perpetuamente; pero en cuanto tiene intrínsecamente una sustancia efectivamente espiritual, es más una ley que un hecho, más un proceso o una tendencia que un modo de ser esta-

blecido y fijo. La resistencia orgánica, en efecto, en que la salud consiste no está ya en la complexión atlética o en el bienestar próspero de un organismo en continuo florecimiento lujurioso, sino en poder interno, en un dinamismo persistente y tenaz de adaptación y de lucha, o sea de autoconservación, o afirmación de sí, que es la esencia específica del ser espiritual.

Este cuerpo en que el pensamiento se organiza y se afianza, este cuerpo en que el pensamiento puede, por lo tanto, continuar vigorosamente en el propio desarrollo, reabsorbiendo en su actual presente esta su obra pasada, y proceder subiendo casi poco a poco sin precipitar jamás hacia abajo, porque cada grado que él mismo se construye permanece sólidamente en la base del superior: éste es el carácter del hombre. Que no es (conviene advertirlo, aunque pueda parecer una obvia consecuencia de lo ya dicho) un atributo del querer como actividad práctica que se contrapone a la teórica. El carácter es atributo del espíritu, en cuanto es tal sin adjetivo. Distinguid, pues, si os parece, el hombre práctico del teórico, la fuerza del querer del ingenio; pero fijaos en que como no es concebible actividad práctica verdaderamente fecunda o constructora sin carácter, que es coherencia de programa, cadena de voliciones, cada una de las cuales se ensambla en la precedente y todas juntas pueden unidas fortificarse recíprocamente, así no hay hombre de ingenio que pueda demostrarlo sin propósito tenaz, sin perseverancia de reflexión y de estudio sobre el objeto, y sin firmeza de objeto en que el ingenio se ejercite y, en suma, sin carácter. Si queréis decir que el carácter es la base de la moralidad, no hay ciencia, no hay cultura de ninguna especie, aunque orientada al mal, la cual, considerada en sí misma, como aquella vida de la inteligencia que ella es necesario que sea, pueda no tener un valor moral, pueda no ser una obra gobernada por una ley inderrogable. El hombre, con la constancia espiritual que es condición de la espiritual producción, se sacrifica a un ideal y constituye su personalidad moral, sea que com-

bata y muera por la patria, ya que medite afanosamente para hacer la luz del propio pensamiento. A toda hora, su deber; en *toda* hora, siempre, frente al deber.

*
* *

¿Entonces? Educación física, sí, pero como educación espiritual y formación del carácter. La cual no se mueve sólo con la gimnasia; aún más, no se promoverá seguramente con ésta, hasta que la gimnasia sea entendida como otra cosa que el resto de la educación con el fin en sí, y un contenido heterogéneo respecto a la educación espiritual propiamente dicha. También el maestro de gimnasia debe recordar que él no trata cuerpos, aquellos cuerpos que alinea y pone en movimiento, sino que trata almas y concurre con los otros maestros a favorecer la constitución de la estructura moral de los hombres. Que si él, además de sus condiciones técnicas, no tiene aquella cultura elevada que sólo está en condiciones de hacernos ver a través del cuerpo el espíritu, y entender, por lo tanto, el valor moral del orden, de la precisión, de la gracia, de la rapidez de los movimientos con que el hombre exteriormente realiza su propia personalidad, él enseñará aquella gimnasia, que, a pesar de todo, se enseña en la mayor parte de las escuelas, pero suscitando la aversión y el fastidio de los alumnos que, bajo todo otro respecto, son los mejor educados y los predilectos de los dioses, y no tendrá derecho a hacerse educador.

Y volvamos a la conclusión: La educación realmente eficaz es una; y cuidado a quien presuma educar creyendo que haya más de una, y no sea toda y siempre, aquella misma, en cada una de las partes que ordinariamente se distinguen, adhiriéndose el espíritu humano, ora por un lado, ora por el otro.

(De la revista *Enciclopedia de Educación*, de Montevideo, núm. 2 del tomo III.)

LAS SIETE ARTES LIBERALES (1)

por L. A. Séneca.

LIBRO SEGUNDO

DE LAS SIETE ARTES LIBERALES

Aquí comienza el libro de las siete artes liberales en que muestra Seneca hablando de cada una dellas que no ponen en nuestro corazón la virtud mas apareian para la recibir.

(1) Por su valor moral y pedagógico, tanto como por el interés histórico y estético, se publica este tratado según la primera edición, incunable, cuya portada dice:

«Cinco libros de Seneca.

Primero libro De la vida bienaventurada.

Segundo de las siete artes liberales.

Terçero de amonestaciones e doctrinas.

Quarto e el primero de providencia de dios.

Quinto el segundo libro de providencia de dios».

En el segundo folio dice, en tinta roja:

«Prólogo |

Libro de Lucio anneo Seneca que escribió a Galion |

E llama | se de la vida bienaventurada, trasladado de latín en lenguaje | castellano por mandado del muy alto principe e muy poderoso rey e señor nuestro señor el rey don Iuan de Castilla de le | on el segundo. Por ende el plogo (*sic*) de la traslacion habla con el...»

En la última hoja, el colofón final dice:

«Deo gracias | Aquí se acaban las obras de Seneca. Imprimidas en la | muy noble e muy leal cibdad de Sevilla. por Meynar | do ungut Alimano. e Stanislao Polono: compañeros | En el año del nascimiento del señor Mill quatroçientos e novanta e uno años a veinte e ocho dias del mes de | mayo »

Don Rafael Floranes, que poseyó un ejemplar, afirma que el traductor y comentador de esta obra fué el obispo de Burgos, Don Alonso de Cartagena, a quien el Rey Don Juan II encargó tal trabajo y que tradujo al romance otras obras latinas; la opinión de Floranes ha sido aceptada por todo el mundo.

Entre las obras de Séneca el filósofo no existe ninguna con el título de las «Siete artes liberales». El contenido de lo que aparece bajo de él es toda la epístola LXXXVIII entre las morales dirigidas a Lucilio, y cuyo epígrafe o tema es: *Artes liberales in bonis non esse, nihil ad virtutem conferre*. O sea: Las artes liberales no pueden hacer al hombre bueno, ni llevan a la virtud. El traductor hizo de la epístola el libro segundo de su compilación, dividiendo el contenido de aquélla en doce capítulos.

Se publica el texto conservando la ortografía de la edición, excepto las abreviaturas y la puntuación. Y los prolijos comentarios del traductor se dan como notas.

CAPITULO PRIMERO

Desseas (1) saber que es lo que parece de los estudios liberales. E para dezirte verdad, yo no tengo en mucho: ni cuento entre los bienes a cosa alguna de que ten-

(1) La yntinçión de seneca eneste tractado es mostrar que las artes liberales no nos enseñan la virtud. Ca avnque apareian el corazón e le hagan mas abile para aprender la filosofia moral. la qual da doctrinas muy virtuosas, pero las artes liberales mesmas no contienen las tales doctrinas para entender mejor esto avnque todos por la mayor parte lo saben. Es de dezir por mayor declaracion de lo que eneste libro se contiene. Quantas e quales son las artes liberales e son estas siete por orden, segund Santo ysidoro las pone enel primero libro delas ethimologias. La primera es gramatica. la qual es aquella que nos da regla para hablar e hallar palabras que hablemos. La segunda es rethorica: e es aquella que nos da doctrinas para hablar bien e hermosamente. Ca aunque ala gramatica pertenesçe el saber hablar pero el saber bien e hermoso hablar es acto de la rethorica. La terçera es dialetica que solemos llamar logica, e esta enseña con disputaciones muy sotiles apartar lo verdadero de lo falso. E si alguno quiere dezir conmo verdadero lo que es falso ella con sus argumentos no le consiente salir conello. La quarta es arismetica. e esta es la que nos enseña a contar e llamase comunmente algarismo. La quinta es musica. que muestra cantar e guardar enel canto sus devidas proporciones. La sexta es geometria, e esta nos enseña medir e no se entiende por medir con vara mas porque da reglas para conoçer la medida delas cosas e proporçionar e vnir unas con otras en la cantidad. La septima es astronomia. e esta nos da doctrina para conoscer los movimientos delos cielos e delas planetas que enellos son. E todas las otras çiencias o artes han otros nombres pero no ay alguna que se llame liberal salvo estas. E la razon dello es porque son dignas de ombre libre segund seneca aqui dize. Commo si dixiese que los ombres libres suelen aprender estas artes. Ca no las costumbran enseñar a los siervos porque en las otras artes de manos los ocupan. E aun conesta razon puedése juntar otra la qual es esta. Liberi dizen en latin por hijos e por los otros descendientes e usaron mucho en los tiempos antiguos e usan agora aunque no tanto asi principes commo ombres de menor manera hazen a sus hijos aprender estas artes. E por ende puese dezir liberales. Como si las llamasemos hiliales o artes de hijos. E provastes vos muy bien esta declaracion e provays e soys dello muy solenne testigo. Ca la reyna de gloriosa memoria vuestra madre vos hizo aprender algunas destas artes en vuestra niñez. E agora por vuestro mandado las aprende nuestro muy exelente principe vuestro amado hijo Don Enrique prinçipe delas asturias.

ga ganancia de dineros. E estos estudios ofiçios iornaleros son. E estonce son pro vechosos si apareian nuestro yngenio, no si le detienen. E tanto es de tardar en ellos, quanto nuestro coraçon no puede hazer otra cosa mayor. Ca comienço son de otras obras, no son ellas obras perfectas. E diras por que los llaman estudios liberales: yo te lo dire, porque son dignos de onbre libre, mas el estudio verdaderamente liberal uno es. E sabes qual aquel que haze al onbre libre es, a saber, sabidor, virtuoso, alto, fuerte, de grand coraçon. Todos los otros estudios pequeñuelos son e de niños. E dime tu piensas que ay algund bien en estas gentes, cuyos maestros vees que son muy torpes e mal acostunbrados e muy maliçiosos e llenos de pecados, no debes aprender estas artes: mas (averlas aprendido) (1). Algunos preguntaron, si los estudios liberales pueden hazer al varon ser bueno. Mas yo te digo que no so la mente no le pueden hazer, mas aun no lo prometen (ni dessean) (2) la çiençia della.

(1) Paresçe seneca contradize asi mesmo. Ca no podemos aver las aprendido si no las aprendemos. Ca no puede ser la cosa pasada si no fuese en algund tiempo presente. Pero responderse puede e dezir que no es tal la intencion de Seneca. Mas en este libro habla con onbre de hedad perfecta no con moço e quiere decir que en la niñez e moçedad se deuen aprender las artes liberales porque quando es onbre en hedad perfecta pueda ocuparse en la filosofia moral que es cosa mas alta. E paresçe esto concorda con la doctrina de Santo thomas el qual dize que la orden conviniente de aprender es esta. Que luego en la moçedad despues dela gramatica se aprenda la logica e en pos della la geometria e otras artes liberales. E commo la hedad fuere andando la filosofia natural. E quando fuere ya onbre de hedad perfecta la filosofia moral porque aquella çiençia requiere mucha espiençia e el coraçon libre delas pasiones despues de todo deve se dar a la sapiençia diuinal que pasa todas nuestras ymaginaçiones e requiere muy rezio entendimiento. Porende dize a qui aver las aprendido commo si dixiese que quando el onbre es entrado en dias no es tiempo de aprender artes liberales. Ca delante es de yr.

(2) Quiere dezir que las artes liberales no solamente no enseñan la virtud mas avn no hablan della.

CAPITULO II

El gramatico (1) trabajase en tener cuidado delas palabras. E si mas se quiere alongar sus terminos trabajarse ha en hazer cantos de poetrias. E dime qual cosa destas apareia el camino para la virtud. El cuento delas (sillabas) (2), o la diligencia delas palabras, o la memoria delas fablillas, o la regla e orden delos versos. E qual cosa destas tira el miedo, o quita la cobdiçia, o refrena la luxuria. Pasemos ala geometria, e ala musica no hallaras cosa en ellas, que me viede temer ni me viede cobdiçar. Pues qualquier que esto no sabe en vano sabe las otras cosas. E es de ver si estos que saben estas artes usan de virtud o no, si no usan della tanpoco nos la enseñaran. E si usan della filosofos son. E quieres saber quanto estan lexos de usar la virtud en esto lo veras, para mientes quand diversas son las doctrinas de todos ello. Por çierto si semeiantes fuesen ellos una cosa (enseñarían) (3). Saluo si te quiere hacer creer. que omero filosofo fuese. E hallaras que por aquellas razones por donde lo quieren provar. se prueba el contrario. Ca (alas veces) (4) di-

(1) Suelen algunos hazer tres grados en la gramatica. El primero es hablar conuiniente mente sin errar en las reglas. El segundo es escreuir de manera de prosa que aqui llaman estoria manmetros. Ca avnquel saber delas estorias ni la ynuençion delas cosas que en los versos e metros se dize no es acto dela gramatica pero las reglas delos metros para ver quantas sillabas deuen aver e que peso deuen llevar pertenesçe ala gramatica segund se contiene en el doctrinal delas gramaticas. E esto es lo mas alto aque el gramatico llega. E porende dize aqui si mucho alargase sus terminos etcetera. Commo si dixiese por mucho que sepa en quanto gramatico no puede mas subir.

(2) Dice se sillaba la letra vocal iunta con otra e alas veces sola.

(3) Quiere dezir que en estas artes no ay cosa que hable de virtud. E si los sabidores dellas enseñasen la virtud philosophos serian mas no es asi ante dize que estan lexos etcetera. Commo si dixiese que los maestros destas artes no biuen de tal manera que los deuamos aver por philosophos ca dan doctrinas entre si diuersas e contrarias.

(4) Semeiantemana tiene Seneca en este libro dela que suelen tener algunos onbres rifadores que bueluen roydo e despues salense a fuera. E asi el que aqui toca las quistiones

cen que omero era estoyco e que loaua solamente la virtud e fuya los deleytes e no se partia delo honesto aunque le hiziesen por ello inmortal. Alas vezes dizen que siguiendo la opinion de epicuro loaua el estado holgado de la çibdad. E avia por bien el biuir entre los conbites e cantos. Otras vezes dicen que era peripatetico e hazia distinciones de tres maneras de bienes. Alas vezes te diran que era academico, e dezia que todas las cosas eran inciertas e dubdosas. E asi paresçe que no era de la opinion de alguno destos, pues

vieias que fueron de grand porfia e dexalas sin determinacion e si adeterminase ouiesen aqui requeria mucha çiençia e luenga escriptura. Mas dexemos la determinacion dellas alos que tienen çiençia. Ca nuestra lança no bastaria tanto. E nos contentemos nos solamente de declarar que quiere dezir las opiniones porque se entienda que quiso dezir este testo. E es de saber que entre los philosophos antiguos ouo muchas contiendas e vna dellas tocamos en la introducion del segundo de la providençia donde deximos la razon porque algunos dellos llaman estoycos e algunos peripateticos e allende de aquella altercacion ay otra e otras muchas, mas la que haze aeste proposito es esta. Trabaiaronse mucho los philosophos en inquirir qual era el soberano bien e fin de todos los bienes e los estoycos dezian que la virtud, que llaman ellos lo honesto, era el bien e que el deleyte no era bien. Epicuro e los que lo siguieron dizen que dezian que la delectacion era el soberano bien segund que deximos en el libro segundo de la providençia sobre el capitulo XV. Los peripateticos hazian distincion de bienes e la distincion era de dos maneras e cada vna dellas tenia tres miembros. En la primera distincion dizen que ay vnos bienes del anima que llamamos espirituales commo es la virtud e la çiençia. E ay otros bienes del cuerpo commo es la salud la fuerça e la hermosura la ligereza E ay otros bienes que llaman de fuera commo es el poderio las riquezas e lo semejante. Hacian otra distincion de otros tres miembros en esta manera diziendo que ay bien honesto e bien prouechoso e bien delectable. Los academicos los quales ouieron este nombre porque esfauan en vn lugar cerca de athenas que llamaron academia donde estaua platon dizian que no auia cosa çierta alguna segund que se dira en fin deste libro. E esto por supuesto quiere dezir aqui Seneca que algunos loando a omero alas vezes dizen que loaua sola mente la virtud e segund esto era estoyco alas veces dicen que loaua el estado holgado etcetera. e segund desto era epicuro otras vezes dizen que hacia distinciones de tres maneras de bienes etcetera. E segund esto era academico e pues estas opiniones son contrarias bien paresçe que no era de ninguna. Ca no podria ser de todas.

dizen que era de la opinion de todos. Ca estas opiniones son contrarias entre si. E no puede un onbre ser de una e de otra. E pues dize que era de todas, siguese que no era de ninguna. Mas otorguemos agora que omero fue filosofo. çierto es que sy lo fuese que lo seria antes que hiziese cantos algunos de poetrias. Pues dexemos (lo al) (1) que supo, e aprendamos aquellas cosas que hizieron a omero filosofo virtuoso e sabidor si lo fue.

CAPITULO III

No deuemos trabaiar por saber si fue omero antes que ysidoro. Ca no cumple mas saber esto, que si quisiesemos saber si era mayor ecuba que elena e porque acabo tan mal su hedad. E piensas tu que nos aprouecha algo andar preguntando por saber los años de patrocuro e de archiles o por saber donde erro vlixes el camino. Mejor era trabaiar porque nos nunca erre-mos; no tenemos vagar de oyr si echo la tormenta a vlixes en italia o en çeçilia o en otra parte del mundo que no sopimos. E por çierto no pudo en tan angosta mar tanto se desuiar del camino que fuese a muy luenne de nos. Mejor era que catasemos que las tormentas de nuestro coraçon nos ondean de cada dia. E nos echan de vna parte aotra. E nuestra malicia nos lança en todos los males que a vlixes vinieron. No fallesçe figura que leuante nuestros oios e los atraya. Asi no fallesçe enemigo que nos dañe. Dela vna parte nos çercan cosas crueles que segozan con sangre humana. Dela otra estan blanduras e deleytes e lisonias que asechan a nuestras oreias. Dela otra quebrantamiento de haciendas como quando se quebranta la nao con la tormenta en la mar. E tantas diuersidades de males que no se pueden dezir. Entre estos nos enseña tu si sabes commo a | me firme | mente (mi tierra) (2) donde

(1) Commo si dixiese no curemos delas otras cosas que supo que no aprouechan mas estudiemos aquella çiençia que lo hizo bueno sy lo fue.

(2) Amar su tierra se dize el que defiende la república e porende dize caton pugna por tu tierra.

so natural, como ame a mi muger, como a mi padre. E como nauege e salga desta mar destes males, siquiera en vna tabla. Como quando fuye el onbre quebrado el nauio e pase ala vida honesta e alas doctrinas della. Para que trabaias por saber si (penolope) (1) fue casta o no, o si dio buen enxemplo o malo en su siglo. O si en veyendo a vlixes sospecho que era el ante que lo supiese, dexate dexto e enseña me que cosa es castidad. E quanto bien ay enella asi para el cuerpo como para el anima.

CAPITULO III

Paso ala musica enseñas me o musica como las bozes agudas concuerden con las gruesas, e como en los nervios e cuerdas que | dan diuerso sueno, se haga concordia de canto. Mas querria que me enseñases como mi coraçon concuerde consigo mismo, e mis conseios no se desacuerden entresi. Muestras me quales son los sonos llorosos, mas querria que me mostrases como yo no deboz llorosa entre las aduersidades e cosas contrarias desta vida, la geometria muestra medir lo ancho e lo fondo, mas querria que me enseñase como mida quanto es lo que basta al onbre. La aritmetica me enseña a contar e presta me (dedos) (2) para la auaricia. Mejor seria que me enseñase que no trahe puecho alguno estas cuentas. E que no es mas bienauenturado el que tiene patrimonio tan largo que ha menester contadores, que el que no tiene nada. E por çierto quien posee cosas superfluas muy desauenturado seria, si ha de contar por si todo lo que tiene. Dime que aprouecha saber partir en partes mi heredad sy no la se partir con (mi hermano) (3). E que tiene saber

(1) Sant gregorio contra ioueniano pone a esta entre las dueñas castas.

(1) Con las manos se ayuda el onbre e en muchos lugares dela escriptura sancta se dizen manos por obras, porque con las manos obra el onbre e se ayuda porende dize aqui prestame dedos para la auaricia. Como si dixiese que la arte del contar ayuda ala auaricia porque con ella se acreçienta el dinero.

(2) No auiendose bien con el e mejor seria auenirse bien con quien ha de hazer la particion que desacordar auiendo mucho del rigor dela medida.

sotilmente contar los pies de mi yugada e sentir si fallasçe un diezmo de un pie en ella, si me torno triste por un vezino poderoso que me tomo algo de lo mio. E enseñame como yo no pierda cosa de mis terminos, yo quiero aprender como los pierda todos e quede alegre. Mas por ventura se quexara alguno diciendo echa me dela heredad de mi padre o de mi abuelo. E dime que te vala dios, ante de tu padre que tenia esta heredad, no podrás dezir cierta | mente no solo de aquel onbre fue, mas aun (de qual gente) (1) o puebla. No entraste en esta heredad como señor, mas como rentero, e cuyo rentero piensas que eres, si bien te fuere de tu heredero e aello querrias dexar. Dizen los jurisconsultos que la cosa publica no se puede (prescriuir) (2), pues todas las heredades se pueden dezir publicas. Ca son de todo el humanal lineaie. E geometrico hermosa arte es la tuya, saber medir lo redondo e tornas cualquier figura (en cuadrado) (3) e dizes quanto espacio hay entre estrella e estrella, si sabidor eres mide el coraçon del onbre e dime (que tan grande) (4) es e que tan pequeño

(1) Quien podria agora dezir vna destas heredades de toledo cuya era al tiempo que hercules vino a la tierra ni avnque gente era la que estonçe biuia en españa.

Ca por çierto seria muy malo de prouar por testigos.

(2) Dize por la doctrina del derecho que quiere que las cosas del todo publicas no se puedan ganar por posesion de tienpo porende dize el iurisconsulto vlpiano que las cosas que son publicas segund el derecho delas gentes no se pueden prescreuir mas esto no se ha de entender asi en general mente. Ca tiene sus distinciones segund que en su materia propia se escriue.

(3) Paresçe que quiso aqui seneca que sopiesemos que sopo el algo destas artes liberales avnque aqui las quiere traher por el poluo, pues como quien pasa sienpre toca dellas lo intrinseco. Ca es de saber que tornar la figura çircular en figura quadrada por pura demostracion que no aya punto mas ni menos dizen que es cosa que segund natura se puede hazer mas no ay enel mundo quien lo sepa. E por esto es delo mas difiçile dela geometria dixo aqui e tomas qualquier etcetera. Como si dixiese que esto es grand soteleza mas monta poco para la virtud.

(4) El coraçon del onbre es muy grande e muy pequeño segund la diuersidad delos onbres. Ca el coraçon del virtuoso es muy grande pues que tiene todo lo mundano en poco e

e que te puecha saber todas estas cosas, si no sabes qual es lo iusto e lo derecho e lo bueno en la vida.

CAPÍTULO V

Uengo agora a aquel que se presçia de saber los mouemientos çelestiales e anda catando donde se va arecoger e poner la estrella fria (saturno) (1). E por quantos signos del çielo haze mercurio sus mudanças (2). E puedo yo le bien dezir. O astrologo ruego te que me digas que aprouecha esto saber, ay enello otra ganancia sino que este yo cuydoso quando saturno e mares hizieren su oposiçion o coniuçion, E que ande catando quando mercurio se pusiere ala tarde so acatamiento de saturno.

Mas quiero aprender que estas estrellas do quier que estan son fauorables e buenas e no se pueden mudar trahe las la continua orden (delos fados) (3), e el curso que

pasa los çielos con su contemplaçion. El coraçon pusillanimo e dado alo terrenal es pequeño. Ca tiene en mucho las cosas temporales porende sale de toda arte liberal medir la virtud del coraçon humano que tamaño es.

(1) No es fria ni caliente saturno ni las otras estrellas. Mas dize fria porque haze un curso tardio e su ynfluencia dize que haze obra fria.

(2) Nonbro aqui seneca las mudanças de mercurio mas que de otra planeta porque allende del curso ordinario que ella e las otras planetas hazen. Dicese que mercurio haze algunas retrogradaciones e torna otras enel que llaman piçiculo. porende dize sus mudanças etcetera

(3) Porque esta palabra fado se dize en muchos lugares por seneca asi en la vuestra copilaçion commo en algunos lugares de otros tractados que por vuestro mandado fueron puestos en vuestro lenguaie. E podria alguno si la bien no entendiese errar, parece me razonable tocar aqui muy en breue en quanto mi iuiçio basta commo se deue entender remitiendo siempre la determinaçion dello ala santa eglesia quien esto e lo semeiante determinar pertenesçe. E es de saber que enesto ouo muchas opiniones. pero las principales fueron tres. La primera fue de algunos que vieron tantas cosas diuersas que enel mundo acaesçen cuydaron que todas las cosas venian por acaesçimiento e sin gouernaçion alguna. E el error destos tan manifiesto es que no es menester prouea para lo reprouar. Ca no podria sufrir la razon que tan maravillosa composiçion e tan concorde diuersidad e tan diuersa concordia delas cosas que pertenesçen eneste

no se puede desuiar. E pasan e mueuense haciendo sus mudanças estableçidas. E

vniverso andouiese sin ordenança e sin gouernador. La segunda opinion fue de todos los que dixieron el contrario de todo punto. E afirmaron que todas las cosas se hazian por ordenança de las sustançias superiores entendiendo que los cuerpos çelestiales eran causa de todo quanto en el mundo se hazia. E avn de mouer nuestra voluntad. Ca porque fari quiere decir hablar llamaron fado por cosa hablada commo si dixiese que lo que ha de ser ya hablado esta e no ay quien dello refuya. E de aqui cuydo que salio vna palabra que mucho se vsa e no se deuia vsar e es esta quando a alguno acaesçe algund caso de bien o de mal suelen decir ouo mala dicha o ouo buena dicha. Commo si dixiere que ya dicho estaua aquello que le acaesçio. E esta opinion es mucho erronea e falsa e no solamente contra la fe catholica mas avn contra la pura razon natural. Ca deuemos saber que avnque no se pueda negar que los cuerpos çelestiales obran mucho enesto corporal. Ca todo onbre vee quanta obra haze la influencia del sol. E por lo que se vee se puede coniecturar algo de lo que no se vee. Pero ciertas quadrillas de cosas son del todo fuera del poderio delas estrellas e dexando las otras nonbraremos aqui dos. La vna es la quadrilla de todas las cosas que no vienen por manera principal delierada mas por accidente commo acaesçe que va onbre avn fin e salele a otro que labrando para abrir çimiento de casas acaesçio ya hallar thesoro reçibieron muchos muerte. Commo acaesçio pocos tiempos ha en talamanca e lo que por esta manera viene no puede ser que venga por costelaçion ni por fuerza de natura. Lo qual se prouea asi, toda obra de natura sigue vn fin determinado. Porende ynposible es que cosa alguna destas que venga por accidente sea efecto por si de algund principio natural que obra. E commo el cuerpo çelestial obra por manera de natural principio siguese que no puede ser que virtud alguna de cuerpo çelestial sea causa delas cosas que aca vienen por accidente e avnque esto auia menester mas declaraçion dexamosla porque seria muy prolixa para aqui. Pero basta saber que es conclusion verdadera que no solamente segund las sanctas doctrinas mas avn segund la razon natural se puede prouar que la ynfluencia delas estrellas no es causa delas cosas que aca vienen por accidente. La segunda quadrilla es delas cosas que pertenesçen ala voluntad humana. Ca commo el anima razonable sea sustançia incorporal no se puede dezir que costelaçion alguna es bastante amouer la voluntad humana. Ca avnque algo puede hazer enlas inclinaciones que se mueuen por la complision commo vemos que vnos onbres se inclinan mas avnas cosas que aotras asi buenas commo malas por la disposicion de su complision pero sienpre queda la voluntad señora e solo dios la puede mouer e nõ criatura alguna. E sale desto vna

quierote dezir asi o estas estrellas hazen los efectos de todas las cosas que acaesçen, o no los hazen mas muestranlos. si ellas hazen qualquier cosa que viene, que me aprouecha a mi saber lo que no se puede mudar. E si no lo hazen mas demuestranlo por sus señales. que pro tiene que lo sepas ante pues no te puedes dello fuir. Ca quier que lo sepas, quier no, hazense ha lo que ha de venir. E si parares mientes al apresuroso sol e alas estrellas que si-

muy notable e verdadera conclusion e es esta. que quanto mas onbre es llegado a dios tanto menos le pueden dañar las costelaciones E quanto mas se arriedra de dios tanto más daño pueden hazer enel las ynfluencias delas estrellas porque en llegandose al poderio dela causa primera que es dios çesa el poderio delas causas segundas e medianas que son los cuerpos çelestiales. E de mas desto el que se llega a dios refrena sus ynclinaciones e guiase por los santos mandamientos e por la razon. E conesta va de fuera el poderio delas estrellas casi podemos entender aquel comun dicho que muchas vezes se dize e es este El varon sabidor señor sera delas estrellas. Ca el onbre virtuoso resiste alos apetitos e resistiendo los desecha de si el poder delas costelaciones porende podemos a manera de semeianza dezir que commo aca en lo terrenal veemos que quanto más el onbre es allegado al rey tanto menos se atreuen ael los alcaldes del rastro. asi quanto el onbre es más llegado a dios tanto menos pueden enel las causas inferiores delos cuerpos çelestiales. La terçera e verdadera doctrina del fado es aquella que da boeçio e siguenla los sanctos doctores e es esta quel fado es vna disposiçion que esta en las cosas mouibles por la qual la prouidencia de dios e deuinal las ayunta e pone en sus ordenes E asi la ordenança diuinal segund que esta en la voluntad de dios avn no puesta en las cosas mouibles llamase prouidencia e segund que es ya puesta enellas llamase fado. E sienpre dezimos mouibles porque todo onbre sabe que la orden de la prouidencia diuinal no tira la movilidad a las cosas mouibles ni pone neçesidad alas cosas contingentes e asi entendido çierto es que hay fado. E quien lo negare negaria la prouidencia diuinal. Pero por quanto avn en los nonbres nos deuemos apartar dela compañía delos que no son catholicos que por ocasion delos vocablos no venga algund error enel hecho no deuemos vsar desta palabra fado. porque no paresca que seguimos alos que erraron cuydando que todas las cosas venian por neçesidad. Porende Sant augustin dize. que si alguno llama fado ala virtud e poderio diuinal tengalo asi. Ca buena conclusion tiene. mas castigue su lengua e no vse desta palabra. E lo que diximos del fado podemos bien entender deste vocablo que digimos dicha o ventura.

guen sus ordenes (nunca te engañara) (1) la hora de la mañana, ni seras tomado por las asechanças dela noche. Ca de, el ante es asaz suficiete mente proueydo, para que yo sea seguro de lo que viene a desora e para que no sea engañado. E diras tu commo no me engañara lo que verna mañana pues no lo se. Respondote engañarse dize lo que viene al onbre sin saber lo. E yo no se lo que ha de ser, mas se lo que puede ser e porende no desespero de cosa alguna, mas espero lo todo. E si alguno bien viene aprouecho me del. E entiendo que me engaña el tiempo quando me haze mal. E avn mas propia mente hablando no entiendo que me engaña. Ca asy commo todas las cosas pueden acaesçer. asy se que no han de acaesçer todas. Porende espero las cosas prosperas e sufro las cosas malas si vienen. E no me sacaras desta conclusion. Ca siempre terne que las cosas contingentes no vienen por neçesidad.

CAPITULO VI

Algunos me quieren atraer que yo reçiba e cuente entre las artes liberales (alos pintores) (2). Mas yo no los reçibiria alos que hazen ymagenes o alos que labran marmoles o alos otros oficiales que se trabajan en los ofiços que son prouechosos para seruir a nuestro deleyte. E tan bien echo dellos alos luchadores e a toda çiençia que se ayuda de (olio e de lodo) (3) saluo si quieres que reçiba yo entre los sabidores delas artes liberales alos que hazen las sahumaduras e los otros olores. E alos cozineros e alos que ponen todo su ingenio e su estudio en hazer cosas que siruan a

(1) Por aquel virtuoso esta aparejado con buena paciencia para reçibir lo que verna commo adelante se sigue. Porende no sera el engañado por cosa que le venga.

(2) Quiere dezir que avnque el no tiene en mucho alas artes liberales pero con todo eso no egualo conellas los ofiços de manos, ca no seria razon.

(3) Solian los luchadores vntarse con olio porque no les pudiesen bien trauar a avn agora dizen que lo hazen en algunas partes. E el contrario veemos que finchen las manos del poluo si les sudan por trauar mejor. E por esto llama aqui ale arte del luchar çiençia que se ayuda de olio e lodo etcetera.

nuestros deleytes. Ca ruego que me digas que cosa liberal tienen en sí estos que vomitan (en ayunas) (1) cuyos cuerpos son gordos e gruesos e los coraçones magros e ponçoñosos. E tan bien cuydas tu que es estudio liberal para en nuestra mançebia aquel que nuestros mayores tanto hazian usar a los moços, es a saber lançar la lança e correr el arco sofrir el sudor. Aguejar los caualllos, menear las armas, no enseñan cosa asus hijos que se pudiese aprender yaziendo (echados) (2) ni estando quedos. Ca todo requeria mouimiento de cuerpo, mas estas cosas ni las otras no nos enseñan, ni acreçientan la virtud. Ca que pro tiene cauallar un cauallo bien e temperar su correr con el freno, si el onbre mismo sigue sus deseos desenfadadamente. E que prouecho es vençer a muchos en la lucha o en lançar la barra o la lança o la vergalesa e ser vencido onbre de su propia saña. Pues diras tu segund esto no nos aprouechan en cosa alguna los estudios liberales. Respondote que no digo yo eso, mas digo que aprouechamos mucho para otras cosas. Pero para la virtud no tienen prouecho alguno. Comino veemos que estas artes viles que se hacen con las manos mucho aprouechan para el seruiçio dela vida, mas no tañe ala virtud. Pues diras tu

(1) Los que comen demasiada mente dañan sus estomagos e vomitan muchas vezes en ayunas. E cadauno puede ver por si que quando çena tarde o mucho. Siente otro dia el estomago aguarçado o dispuesto para vomitar. Por ende los mal regidos dize que vomitan en ayunas. E puedese entender por los coçineros e pastiçeros e semeiantes oficiales que tastan las viandas e las echan.

(2) No es de entender que Seneca reprueua este exercicio en los moços. La error seria entenderlo asi. E no sola mente vegecio e otros muchos actores mas avn el filosofo mesmo lo loa. Si tenplada mente se haze. Mas dize lo porque avnque es bueno porque los onbres sean desenbueltos del cuerpo e mas abiles para defender la republica pero no trabè en ello la virtud, porque avnque el onbre sea desenbuelto en las armas, no es por ende virtuoso. La virtud de la fortaleça consiste en el abito del coraçon que esta dispuesto para cometer qualqer cosa peligrosa e sofrir cualquier temor por el bien publico segund que la raçon lo iudgara e non en las fuerzas del cuerpo aunque son buenas si son guiadas por la raçon.

para que hazemos enseñara nuestros hijos estos estudios liberales. Respondote no porque pueda dar la virtud, mas por que apareian el coraçon para la reçeibir. Ca asi como esta doctrina primera que los antiguos llaman la primera letradura, por la qual enseñaran a los moços el (alfabeto) (1). No contiene ni enseña las artes liberales, mas apareia el moço para las reçeibir. Asi las artes liberales no trahen el coraçon perfecta mente ala virtud, mas apareiale para venir a ella.

(Concluirá.)

PEDAGOGIA ESPAÑOLA

por Azorín.

De cuando en cuando llega hasta mi mesa de trabajo una de las publicaciones del Museo Pedagógico de Madrid. Institución benemérita esta del Museo Pedagógico; institución que lentamente, incansablemente, va realizando su fecunda labor. Los hombres que han dado vida a este instituto son los mismos de la Institución Libre de Enseñanza; la inspiración es la misma nobilísima inspiración. La obra que el Museo acaba de publicar lleva el título de *Programas escolares y planes de enseñanza de Alemania y Austria*; su autor es Lorenzo Luzuriaga, autoridad en la ciencia pedagógica. La última publicación del Museo Pedagógico nos invita a hacer algunas reflexiones sobre la enseñanza en España. No conocemos ninguna historia de la pedagogía española; se han escrito, sí, libros sobre la historia de las instituciones superiores de cultura; pero lo que nosotros desearíamos es una historia breve, sucinta, exacta, de las ideas y prácticas de la primera enseñanza en nuestra patria. Gil de Zárate y D. Vicente de la Fuente, por ejemplo, han historiado las Universidades de España. Pero ¿quién ha escrito la historia de las escuelas primarias, y sobre todo — y esto es lo que pedimos nosotros —, sobre todo, los métodos de los maestros es-

(1) Uocablo griego fue mas ya es auido por claro.

pañoles, a lo largo de cuatro o seis siglos? El lector seguramente habrá oído hablar de la dureza española, de nuestra crueldad, de nuestra intolerancia. Y si se hiciera la historia que deseamos, vería con extrañeza este buen lector que en los métodos pedagógicos españoles — y esto es esencial en un país — no aparecen tales crueldades, ni tal fantástica dureza, antes al contrario, una dulzura, una flexibilidad, una tolerancia, que hacen del maestro de escuela, no un déspota — y eso sería lo lógico —, sino un amigo solícito y cariñoso del niño. Digo que sería lo lógico el que el maestro fuera un tirano, dada la concepción falsa y ofensiva que algunos extranjeros tienen de España. Pero las pruebas de lo contrario abundan; y ésta de los métodos pedagógicos es concluyente. Si tenemos tiempo, al final de esta crónica citaremos algunos de esos libritos antiguos, tan simpáticos.

El Museo Pedagógico procede de la Institución Libre de Enseñanza; la Institución es el centro más autorizado de la pedagogía civil en España. Para crearla, se formó una Sociedad por acciones; en Junta general de accionistas, celebrada el 30 de mayo de 1877, se aprobaron definitivamente los estatutos de la Institución; estos estatutos estaban autorizados por Real orden de 16 de agosto de 1876. El artículo 15 de los estatutos dice así: «La Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; reclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquier otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas.» En estas líneas está encerrado todo el espíritu del famoso instituto. El más autorizado núcleo de pedagogía civil ha sido y continúa siendo esta institución nobilísima. Alma de este instituto fué don Francisco Giner, y lo es al presente don Manuel B. Cossío. Hombres salidos de la Institución o educados en el magnánimo espíritu de Giner se han desparramado

por España y han dado aliento a organismos de cultura que han hecho adelantar grandemente a España. Pero hemos de añadir que la pedagogía laica hoy, en España, no cuenta con los centros con que cuenta la enseñanza religiosa. Lógicamente, parece que, dado el brillante y fecundo éxito de la Institución Libre de Enseñanza, debieron sus fundadores extenderla a toda la nación. La tarea no hubiera sido difícil; desde 1876, los hombres del liberalismo que la fundaron o los liberales que han simpatizado con ella han ocupado muchas veces el Poder; D. Segismundo Moret, uno de ellos. Debieron ser fundadas filiales de la Institución, por lo menos, en Barcelona, en Valencia, en Sevilla, en Valladolid, en Coruña. No se hizo así, y hoy la realidad innegable es que las Ordenes religiosas son las únicas que poseen colegios verdaderamente magníficos y fecundos. Colegios de jesuitas, de escolapios, de hermanos de la doctrina cristiana, de corazonistas. Poseen estas congregaciones medios económicos de que no disponen los laicos; pero, además, hay algo que da superioridad evidente, incontestable, a los colegios religiosos sobre los civiles. Ese algo, precisamente, es lo que hizo que la Institución Libre de Enseñanza triunfara. La Institución Libre ha sido a manera de un convento; tenían todos sus miembros algo de religiosos; D. Francisco Giner, singularmente, diríase que fué un frailecito franciscano, todo entregado, día y noche, a su labor. Por donde tenemos que, si la Institución Libre ha sido eficaz, se debe a las propias condiciones y circunstancias que hacen eficaces y fecundos los colegios religiosos. Todos los principales maestros de la Institución, principiando por D. Francisco, procuraban a toda costa la continuidad en la labor. Don Francisco, es sabido que vivía en la misma casa de la Institución, como un jesuita o un escolapio viven en sus conventos. He citado en alguna otra crónica el precioso *Manual del Seminarista*, escrito por el cardenal Monescillo; en este libro podrá encontrar el lector la razón suprema del triunfo de la Institución Libre y de la ventaja que los

colegios religiosos llevan indiscutiblemente a los laicos en España. Dice el autor, después de lamentar la desaparición de los colegios de la Compañía de Jesús—el libro es de 1848—: «Por celosos, entendidos y discretos que sean los profesores de dichos establecimientos (los laicos), no pueden dar a los estudios aquel impulso de unidad, de perpetuidad, de orden y de moralidad que una sociedad religiosa les prestaba. El profesorado de las corporaciones destinadas a la enseñanza tiene un solo espíritu; sus individuos son émulos unos de otros en la emulación santa de instruir y de perfeccionar la enseñanza; se observan, se vigilan, aprenden, conversan entre sí, y de sus mutuas experiencias y revelaciones, forman un inmenso caudal de útiles recursos para la instrucción de la juventud. Aquí no prevalece la opinión privada, ni se ensaya un sistema, una teoría, un plan cualquiera, hasta después de calculadas sus ventajas». Parece que el cardenal está haciendo el retrato de la Institución Libre de Enseñanza, al hacer el de los colegios de las congregaciones. Y añade Monescillo: «Por otra parte, los profesores de institutos (habla ahora de los institutos del Estado) son de sus familias, pertenecen a la sociedad, tienen repartida su atención en diversos negocios, y esta consideración pesa mucho en la balanza de la instrucción, cuyo desempeño requiere asiduidad, constancia, trabajo ímprobo, y la consagración de la vida entera del hombre.» El último rasgo de este retrato pintado por el sutil cardenal cuadra por entero a la Institución Libre de Enseñanza; esa perpetuidad de que habla Monescillo, esa consagración de la vida entera a la labor educativa, la han tenido Giner, el cenobita, y sus colaboradores; la tienen los religiosos que se dedican a la enseñanza, y por tal causa, el caso de la Institución es único, y la superioridad de los colegios religiosos, al presente y en España, sobre los laicos es ostensible e innegable.

Hace falta en nuestro país una historia de los métodos pedagógicos. No se trata de los anales de los hombres e ideas que han sobresalido en la enseñanza, sino de

aquella labor callada y vulgar, que es la que realmente ha influido en la marcha de España. ¿Qué métodos se han preconizado en los libros elementales de Pedagogía? ¿Cuáles son esos libros? En esta historia tendrían también las Ordenes religiosas un lugar importante. Muchos libros existen, escritos por jesuitas y escolapios, en que se exponen doctrinas pedagógicas. Por ejemplo, uno de estos libros es el del jesuita padre Luis de Mercado, y lleva el título de «Práctica de los ministerios eclesiásticos» (Sevilla, 1676). La parte destinada en este libro al «magisterio de los estudios menores» - adiestramiento de párvulos - es de una finura, de una delicadeza extraordinarias; no creemos que en ningún tratado de pedagogía moderno pueda darse más finura y más penetración. ¿Y quién conoce la obra titulada «Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres», que se publica en el siglo siguiente, en 1790, y de que es autor una mujer, doña Josefa Amar y Borbón? Libro fino, sutil, en que por cierto hay una cosa rara para la época: una defensa y justificación de Baltasar Gracián. Libro en que la autora, que conoce perfectamente el griego, hace citas curiosas en esa lengua, y en que se muestra como una perfecta humanista.

Y en la centuria siguiente, en 1816, ¿no se publica también un librito elemental, que es una verdadera y pequeña joya? Joya por el estilo y por la doctrina que contiene. Aludo al *Catón Español Cristiano*, de D. Pedro Alonso Rodríguez. Pocas cosas hemos leído tan delicadas y tiernas como las páginas que en esta obrita se dedican al asunto de las correcciones que, a veces, es preciso imponer a los niños. Precisamente éste es un tema que toca también el padre Mercado, y a esto aludíamos principalmente al hablar, al comienzo de esta crónica, de la supuesta crueldad española. ¿Crueldad española? Ya quisiéramos nosotros que se nos mostrara en algún gran pedagogo extranjero, en alguno de esos grandes maestros de tierras extrañas, páginas más sutiles y tiernas que las escritas por éstos ignorados, desconocidos maestros españoles; páginas

como las que el autor del *Catón Español* escribe en su librito.

Se están haciendo tratados sobre la ciencia en España; se historia también el arte; se realizan las más diversas investigaciones para que luzca lo que España ha hecho por la civilización europea. Falta y debe ser escrita una historia de los métodos de enseñanza elemental. Es decir, de cómo en España ha sido educado el pueblo. Y cuando se haga esa historia, se dará otro terrible y decisivo golpe a la estúpida leyenda de nuestra crueldad.

(*La Prensa*, de Buenos Aires. - Enero 1930.)

PROBLEMAS FUNDAMENTALES

por D. Antonio Zozaya.

No hay sociedad ni organismo en una serie indefinida de individuos, con una o varias notas comunes, como no lo hay en una muchedumbre exaltada.

Le Bon: *Psychologie des foules*

Hace ya muchos años, cuando todavía los republicanos españoles confiaban en que la Restauración habría de durar poco tiempo, y en que no sería sino un interregno en la evolución rápida de la nación española hacia un régimen definitivo de Democracia y de Progreso, salieron una tarde de la Universidad Central, departiendo acerca de estos y de otros temas análogos, dos maestros insignes de ciencia y de ciudadanía: D. Francisco Giner de los Ríos y D. Nicolás Salmerón y Alonso. A su lado, y guardando el religioso silencio obligado a quien no era a la sazón, ni lo es hoy, sino uno de sus más modestos discípulos, iba quien ahora, y en otras mil ocasiones, los recuerda con aquella devoción entrañable, aquel cariño fervoroso y aquel entusiasmo admirativo que inspiraron siempre a cuantos escucharon sus enseñanzas aquellos dos varones cumbres en el pensar y en el proceder.

Como coronamiento de aquella fraternal y admirable polémica, D. Francisco pronunció estas o análogas palabras: «Desengañese usted, D. Nicolás; la revolución hay que hacerla en los espíritus. La obra que hay que realizar es de educación. Sin ella, todo será estéril. No hay que echar la culpa de nuestras desdichas ni a los soberanos ni siquiera a los gobernantes, sino a quienes no se capacitan para la ciudadanía, o, una vez capacitados, no ponen todo su empeño en educar a sus compatriotas para que la recompensa siga al merecimiento, como lógicamente tiene que ocurrir.»

Claro es que D. Nicolás, con su poderosa dialéctica, expuso su opinión: «No es posible capacitar ni educar esclavos sin hacerlos previamente libres. La Libertad —decía— es condición inexcusable de toda labor educadora. Quien habla a siervos no espere que la semilla que arroja en sus cerebros pueda fructificar. La esclavitud, no solamente oprime, sino que encanalla, y la tarea educadora debe ser espontaneidad libre. Solamente quien tiene conciencia de su dignidad puede, al sentirse *sui juris*, comenzar con éxito el cultivo de sus facultades y la depuración de su conducta.»

Insistía el sabio educador en que no podía haber libertad en un pueblo ignorante y fanático, y el filósofo excelso, en que no podía existir educación sin libertad previa, y tales fueron sus argumentos y tan hondas sus enseñanzas, que el discípulo, que siguió mudo por respeto a ambos, a pesar ser por ellos repetidas veces aludido, quedó convencido de que los dos maestros tenían razón, porque no puede haber Educación sin Libertad ni Libertad sin Educación; es decir, que las tareas de libertar y de educar tienen necesariamente que ser simultáneas, y si se me apura, son una sola. Quien educa emancipa; quien liberta educa. Enseñanza que no tiende a la liberación y enaltecimiento del individuo no es educación, sino autoritarismo rutinario y embrutecedor. Liberación externa que no coloca al individuo en condiciones de hacer buen uso de su soberanía y de no abdicarla en manos del primer embaucador

que se presenta no es liberación, sino engaño o hábil artimaña para volver a esclavizar.

Si examinamos despacio lo hecho en España por educadores y por libertadores, veremos que su labor no ha sido acorde, sino dispar y a veces opuesta. La enseñanza en la escuela ha sido, y sigue siendo todavía, confesional. Se tiende, ante todo, no a formar hombres libres, sino fanáticos sumisos. El maestro pregunta lo que cree saber al alumno, y éste contesta lo que se le ha enseñado de memoria. Debiera ser muy al contrario; el discípulo quien preguntara aquello que tuviera interés en saber, y el maestro quien le contestara; pero no dogmáticamente, sino ayudando al discípulo a hallar la respuesta por sí mismo. Un pueblo educado en este ambiente de Tartufos, en que se le han dado como premisas intangibles una porción de asertos antidemocráticos, ¿cómo podemos esperar que de la noche a la mañana, por un simple cambio de Gobierno, se ponga en condiciones de ser regido por sí mismo? Es menester que previamente sea educado. Y aquí surge la dificultad y aparece el círculo que los antiguos dialécticos llamaban «vicioso». No hay Educación sin Libertad. Sin emancipar la Escuela y la Universidad de las imposiciones autoritarias, esa educación previa será imposible, y siendo preciso para que haya democracia una educación y para que haya educación que haya democracia, el pueblo se queda sin una y sin otra, mientras los maestros siguen discutiendo si hay que comenzar abriendo escuelas para cerrar ergástulas, o cerrando ergástulas para abrir escuelas.

Siendo, como soy, francamente optimista, creo sinceramente que no tenemos grandes motivos para regocijarnos todavía los demócratas por el hecho de haber caído del Poder ese gobernante, dotado acaso de voluntad, pero falto de preparación, que se llama D. Miguel Primo de Rivera. Hemos llegado, como observa un corresponsal extranjero, a un *carrefour* de nuestra historia; pero, ¿qué camino habremos de emprender? Todo es desorientación y embarazo. Se pide unión entre los libera-

les, pero entre ellos hay diferencias esenciales. La mayor parte de los ciudadanos se hallan tan ayunos de verdadera ciencia política y social como de los misterios del lenguaje caldeo. Las escuelas se hallan en poder de los reaccionarios; sus enseñanzas son reaccionarias; sus procedimientos lo son asimismo. Los cargos públicos, las grandes fortunas, los resortes de la gobernanación, las influencias de todo género, las sugerencias sobre las clases medias pertenecen a las derechas. ¿Podremos esperar una renovación total de la vida en sentido liberal y demócrata, sin caer nuevamente en las sofisticaciones de sus principios o en las regresiones francas a las épocas de despotismo y de tiranía?

Si tenemos la suerte de que llegue al Poder un Gobierno demócrata, lo primero que tendrá que plantear será el problema de la enseñanza para hacerla conforme a la nueva civilización, para emanciparla del yugo sectario, para que sea, no imposición de afirmaciones dogmáticas, sino investigación libre y formación de espíritus. Sin esto, nada se habrá alcanzado; con esto, todo se nos dará por añadidura. ¡Pero qué difícil es conseguir cosa tan fundamental en España! Es acaso la guerra civil. Los educadores y los políticos deben tener muy presente que la libertad no puede ser un fin en sí mismo, sino un medio para aminorar la esclavitud económica, para evitar la explotación de unos hombres por otros hombres, para que sea un hecho la justicia social, cosa que olvidaron los liberales de antaño y los republicanos más exaltados, dando lugar a que las masas trabajadoras huyeran de sus filas para engrosar las de otros partidos, a veces retrógrados, que les ofrecían ventajas aparentes. Suponer que con el restablecimiento del Jurado, del sufragio universal y aun de la libertad de cultos, y con el funcionamiento de unas Cortes discutidoras, centralizadoras y parlanchinas, sin otras reformas fundamentales previas, se habrá llegado a la verdadera democracia, sería caer en los errores que trajeron la Dictadura, en el parlamentarismo, en el caciquismo y en la desorganización de todo el mecanismo social. Hay

que comenzar por libertar la escuela y por educar a las gentes para que sea posible una descentralización de la soberanía, una diferenciación de funciones, una organización científica y práctica, un ejercicio constante de la ciudadanía por cada sujeto y por cada persona colectiva, de que algunos demócratas actuales, individualistas doctrinarios, no tienen ni la menor idea. Si para ello falta fuerza, esa fuerza hay que buscarla en los obreros y en los campesinos.

Las derechas nos llevan la ventaja de una visión clara del camino que tienen que seguir, de una organización poderosa y disciplinada y de una influencia decisiva en todos los grados y órdenes de la enseñanza. Todo eso es lo que hay que conquistarlas. Si se les abandona la escuela y no se presenta, frente a sus programas tradicionales, otros verdaderamente racionales, que eviten los males de la centralización, del caciquismo y del parlamentarismo, y que tiendan francamente a atraer a las clases trabajadoras, con la seguridad de un rápido y pronto mejoramiento de su estado social, la vuelta a las viejas corrupciones y a las represiones violentas será segura. Ciertamente, nos hallamos en una verdadera encrucijada, en un dudoso y enredado cuadrivio. Es preciso elegir un sendero, y en la entrada de este sendero tiene que haber una nueva Constitución orgánica.

INSTITUCION

IN MEMORIAM

EL MAESTRO

por J. Navarro Alcácer.

De él dijo el poeta Juan Ramón Jiménez que era «una alegre llama condenada a la tierra, llena de pensativo y alerta sentimiento».

Si profundos fueron sus atisbos, llegando hasta el verdadero corazón de los pro-

blemas, para sacarlos luego a la luz, traducidos en resplandecientes evidencias, más cautivaron todavía a los que, de una u otra forma, se acercaron a él, el ejemplo directo de su vida franciscana, su afán de perfección, el tono cálido de su emoción humana y su rectitud de conciencia.

La personalidad de D. Francisco es inabarcable, como la de todo hombre genial, siempre propicia a sacar nuevos caudales de su fondo inagotable. Su gran talento le permitía opinar sobre los más diversos asuntos, que, rozados por él, adquirían insospechadas modalidades y tonos nuevos; sobre todo arrojaba su luz aquella llama viva: sobre los problemas más graves y sobre las cosas «al parecer» más insignificantes. «También entre los pucherros anda Dios», decía Santa Teresa, y Giner, también fundador, enseñaba igualmente que entre las cosas grandes y las pequeñas no hay más diferencia que la cantidad de emoción que pongamos en ellas.

Pero ya que no es posible la condensación del pensamiento íntegro de una individualidad tan patente, mostremos algunos sectores del mismo, dejando hablar al maestro, para que «por el fruto conozcamos el árbol».

Decía el maestro, hablando del método intuitivo de la enseñanza: «En éste, la intuición no es una ilustración «posterior» de la enseñanza, sino la base sobre que se construye toda entera. Las lecciones de clase son tan sólo (como los trabajos de gabinete para el crítico, el topógrafo o el arqueólogo) el resumen sintético donde se discuten y condensan los resultados de la inspección directa, personal e inmediata del objeto.» Continúa haciendo la crítica del actual «prurito cuantitativo», y concluye: «El procedimiento natural (intuitivo) es muy seguro, pero muy lento, y los resultados no pueden competir cuantitativamente con los de los métodos antiguos, en la misma unidad de tiempo. Por desgracia, estos últimos son tan sólo aparentes, fugaces y sin solidez ni fecundidad para el día de mañana, mas por el momento superabundantes. Un mes después del examen ya se han borrado; mas, por el pronto, su

enormidad de pormenores deslumbra a los ignorantes.»

«...Cierto que el pormenor de historia o de geografía que un niño puede aprender por caminos racionales durante un año sería radicalmente insuficiente para constituir la cultura de una persona educada; pero si en vez de un curso de cada una de estas respectivas asignaturas, llegase el alumno al examen con ocho o diez (de clase semanal), el resultado sería harto diferente... Con ello no aumentaría la cantidad actual, pero se llegaría a saberla de una manera sólida y útil para la vida.»

He aquí retratado el «prurito cuantitativo», la ampulosidad e ineficacia de los métodos al uso, y con crítica, no negativa, sino forjadora y constructiva. La labor de D. Francisco fué siempre cualitativa, silenciosa, honda, segura y prolífica. Todos sabemos cuáles son los centros pedagógicos y culturales que se enseñan como ejemplos a los visitantes extranjeros ilustres: Residencia de Estudiantes, Instituto Escuela, Seminarios de estudios varios, Junta de Ampliación de Estudios... Luego vuelven a su país, creyendo que todo el monte es orégano. Pero estos oasis de nuestra moderna cultura, que hoy son nuestro orgullo y nuestro foco de irradiación, fueron sugeridos por la visión penetrante de nuestro pedagogo. Veamos cómo en 1891 hablaba de la conveniencia de crear instituciones-gérmenes para la vivificación de la enseñanza oficial:

«Cuando las Universidades se petrifican de tal modo, que es quizá imposible hallar en su seno un germen capaz de desenvolverse hasta trasformar y reavivar los antiguos Institutos; cuando han perdido el espíritu de investigación científica, la discreción del trabajo intelectual, las relaciones de intimidad con la vida social de su tiempo, el verdadero sentido del espíritu corporativo... no hay tal vez otro procedimiento más seguro que el de intentar y promover la formación de pequeños organismos, sustraídos de toda dependencia con los antiguos cadavéricos Institutos y donde se condensen elementos sanos y homogéneos, a fin de recoger el patrimo-

nio intelectual de la nación... y extender la ciencia y la cultura, hasta que llegue un día en su difusión a penetrar y renovar gradualmente las mismas Universidades.»

Al lado de este asesoramiento constante sobre los asuntos públicos, ejercía su labor de jardinero, más que forjador de hombres, atendiendo, consolando y estimulando constantemente a sus discípulos, que lo eran cuantos tuvieron la suerte de hablar con él. «Pero la mayor fuerza — decía el maestro — depende de la vida interior: de que los individuos no hallen su ideal en la extensión del poder, territorio, grandeza, supremacía respecto de nadie, en vez de ponerlo en una vida cada vez más pura, espiritual y noble...»

Terminemos recordando el hermoso friso: «Pero la mayor fuerza depende de la interior.. »

CORPORACION DE ANTIGUOS ALUMNOS

Cuenta de ingresos y gastos correspondiente al año 1929, leída y aprobada en la reunión de 18 de febrero de 1930.

INGRESOS	
	Pesetas.
Saldo anterior (1)	4.646,70
Recaudado durante el año, por cuotas.....	3.140
TOTAL.....	7.786,70

GASTOS	
Donativo de 50 pesetas mensuales a la viuda de un profesor de la Institución.....	600
Donativo de 25 pesetas mensuales a la <i>Casa del Niño</i>	300
Donativo de 10 pesetas mensuales a la Biblioteca circulante de Niños de la Institución....	120
Donativo de 5 pesetas mensuales a la Sociedad «Fraternidad Cívica»	60
Anticipo a un Antiguo Alumno..	400
Anticipo a otro Antiguo Alumno	850

(1) Véase el número 827 del BOLETÍN, correspondiente a marzo de 1929.

	Pesetas.
Anticipo a otro Antiguo Alumno.	889,50
Cuota para el homenaje a D. Ignacio Bolívar.....	50
Importe de un ejemplar numerado y 10 ordinarios del libro del Sr. Cossío <i>De su jornada</i>	140
Importe de un ejemplar del <i>Diccionario de Artes y Oficios</i> del Antiguo Alumno D. José Lapoulide.....	125
Suscripción al <i>Boletín de la Federación Abolicionista</i> (10 francos suizos).....	13,25
Talonarios para recibos.....	79
Premio de cobranza.....	250
Gastos de correo.....	6,75
TOTAL.....	3 883,50
<i>Saldo a favor de la C. A..</i>	<i>3.903,20</i>

El Tesorero, JOSÉ ONTAÑÓN.—V.º B.º, El Presidente, MARQUÉS DE PALOMARES DE DUERO.

LIBROS RECIBIDOS

Falcos (Alberto).—*Ciencia y Pedagogía*.—La Plata, 1929.—Donativo de la Universidad de La Plata.

Franceschi (Alfredo).—*La educación del razonamiento en la escuela primaria*.—La Plata, 1929.—Don. de ídem.

Ardissone (Romualdo).—*Algunos aspectos de la enseñanza de la Geografía*.—La Plata, 1929.—Don. de ídem.

Federación sindical internacional.—*Nie wieder Krieg. Nunca, jamás guerra*.—Amsterdam, 1929.—Don. de la Federación.

Ayuntamiento de Madrid.—*Información sobre la ciudad. Año 1929*.—Madrid, Imprenta Municipal, 1929.—Don. del Alcalde Presidente.

Sos (V.).—*El triásico de la Sierra de Espadán*.—Madrid, 1929.—Donativo del autor.

Bello Poëyusan (D. Severino).—*Información del Canal de Isabel II que abastece de agua a Madrid*.—Madrid, Artes Gráficas.—Don. de ídem.

Real Academia de Ciencias Exactas,

Físicas y Naturales.—*Anuario*.—Madrid, Imprenta Clásica Española, 1930.—Donativo de la Academia.

Mattot (M.).—*Une nouvelle méthode d'enseignement basée sur l'auto-éducation*.—Bruxelles, 1930.—Don. de la Ligue de l'Enseignement.

Devogel (Victor).—*L'Ecole et la Radiophonie*.—Bruxelles, 1930.—Don. de ídem.

Keidel (Dr. Juan).—*Las relaciones entre Sud América y Sud Africa reveladas por la investigación geológica de las Sierras australes de Buenos Aires*. La Plata, 1929.—Don. de D. M. García.

Labriola (Arturo).—*Influencia de la agricultura en el desarrollo de las ideas económicas*.—La Plata, 1929.—Don. de ídem.

Loyarte (Dr. Ramón G.).—*Discurso en la apertura de la Universidad. (1.º de abril de 1929)*.—La Plata, 1929.—Donativo de ídem.

Sagastume (Dr. Carlos A.).—*Los estudios químicos en Estados Unidos, Alemania y Francia*.—La Plata, 1929.—Donativo de ídem.

Lehmann-Nitsche (Dr. Roberto).—*Coricancha, el templo del Sol en Cuzco y las imágenes de su altar mayor*.—La Plata, 1929.—Don. de ídem.

Junta para Ampliación de Estudios.—*Memoria correspondiente a los cursos 1926-7 y 1927 8*.—Madrid, 1929.—Donativo de la Junta.

Servicio de Publicaciones Agrícolas.—*Los servicios agrícolas y pecuarios de la Diputación de Guipúzcoa*.—Madrid, J. Cosano.—Don. de D. J. C.

Tavares de Carvalho (D. Fernando).—*La profesión de Notario. Aptitudes que exige*.—Madrid, J. Cosano, 1929.—Donativo de ídem.

Este número ha sido visado por la censura gubernativa.

Imp. de Julio Cosano, suc. de Ricardo F. de Rojas Torija, 5.—Teléfono 10306.